

La Ilustración Artística

AÑO X

← BARCELONA 9 DE FEBRERO DE 1891 →

NÚM 476



DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN, eminente escritora española contemporánea

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA

el
is-
di-
en
del
ca-
de
en-
te,
Vi-
no
no
ra
les
cte
on
Ca-
N-
AS
N-
N-
Ve-
de
por
ra-
oo-
ina
In-
do
ra-
de
la
in-
ado
los
con
el
con
con
eyó
del
del
de
asta
pre-
ien-
nzas
ali-
in,
Todo
plean
s, la
ento,
ores,
sario
verla
para
dico.
Paris,
e, 40
erado
an te.
ad de
ard,
ctiva,
queta
ón de
falsi-
IAS
c.), sin
eficacia
) Para
Paris.

SUMARIO

Texto. — *El Carnaval de Madrid*, por Floro. — *Doña Emilia Pardo Bazán. Apuntes biográficos.* — *El Señor Doctoral*, por Emilia Pardo Bazán. — *El flamenco europeo* (Phoenicopteris antiquorum), por el Dr. Brehm. — *Los Parlamentos de Europa. Suecia*, por X. — *Los polvos*, por el Dr. E. Clasen, de Hamburgo. — *Nuestros grabados.* — ¡Imposible! Novela original de Florencio Moreno Godino, ilustrada por Cabrinety. — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Las pruebas del polígono de Annápolis.* — *Coche movido por el vapor*, de M. Serpollet, por G. Tissandier. — *Las profundidades del mar Negro.* — *Una nueva teoría acerca del rocío.* — Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores. — Advertencias.

Grabados. — *Doña Emilia Pardo Bazán*, eminente escritora española contemporánea. Impresión fototípica. — *El maestro Pedro Mascagni*, autor de la ópera *Cavalleria rusticana* (de una fotografía). — La tiple Sra. Pantaleoni (*Santuzza*) y el tenor Sr. Valero (*Turiddu*) en la escena VII de *Cavalleria rusticana*, representada en la Scala de Milán. — El tenor señor Valero en el papel de Turiddu de la *Cavalleria rusticana*. — La tiple Sra. Pantaleoni en el papel de Santuzza de la *Cavalleria rusticana*. — Dos grabados que ilustran el artículo de Doña Emilia Pardo Bazán, titulado *El Señor Doctoral*. — *Los Parlamentos de Europa. Palacio de la Dieta sueca en Stockolmo.* — *Después del oficio de pontifical*, cuadro de don Ramón Tusquets. Impresión fototípica. — *Músico callejero*, dibujo á la pluma de D. Antonio Fabrés. Impresión fototípica. — *Las pruebas del polígono de Annápolis.* Disposición de la pieza y de los blancos. — Estado de los proyectiles después del tiro. — Ensayos comparativos de diferentes planchas en el polígono de Annápolis (Estados Unidos). Estado de las planchas después del quinto disparo. — Fig. 1. Coche movido por el vapor, de M. Serpollet (de una fotografía instantánea). — Fig. 2. Sección del coche de vapor. — Fig. 3. Plano del coche movido por el vapor. — Málaga. *Puerta del Sagrario.* Catedral (de una fotografía de D. J. E. Puig, de Barcelona).

EL CARNAVAL DE MADRID

I

En San Petersburgo llaman á la de Carnaval *la semana loca*, como si en las demás del año todo el mundo procediese con juicio, y no hubiera incendios intencionados y fechorías nihilistas. Por eso me parece más gráfica y filosófica la frase de *luna de la verdad* con que califican los chinos á esa época en que el que más y el que menos se cree autorizado para cometer excesos. En efecto, el Carnaval es una especie de borrachera, y depuesta la hipócrita máscara social, la humanidad se muestra á través de la carátula tal como es, asomando el corazón á los labios. Dicen que el Carnaval degenera en todas partes: que es como un viejo que alardea gracias juveniles y se pone en ridículo; y debe ser así, y es natural que así sea. Porque á las tradiciones las sucede lo que á los individuos: en la infancia son graciosas y espontáneas, cualidades que pierden á medida que van haciéndose viejas. El Carnaval antiguo de Roma, de París y aun de Madrid era general: en él no había espectadores porque todos eran actores. Ahora son una pobre farsa en la calle y una diversión deslabazada bajo techado. De carnavales callejeros sólo queda el de Mónaco, que es una lujosa exhibición de tonterías y como una especie de reclamo de ruleta.

¡Qué Carnaval antiguo de Roma! Yo no le he visto, pero me lo figuro. ¡Aquellas pedreas de dulces, aquellas transtiberinas y napolitanas compitiendo con las patricias en belleza y travesura, las farsas artísticas, las carreras de caballos en el Corso, los bandidos de la campiña entrando en la ciudad disfrazados, aquella algarabía en la lengua más hermosa de la tierra!

Pero si no el de Roma, he visto el Carnaval de París hace treinta años, y en verdad que merecía verse. Como los parisienses son farsantes de por sí, tenían poco que esforzarse para que resultara una farsa de alto relieve. Soy viejo, he visto algo, me figuro los ventisqueros alpinos, las antiguas inundaciones holandesas, las crestas del Himalaya; pero lo que no cabía en mi imaginación hasta que lo hube presenciado, fué el final del baile de la Opera, el martes de Carnaval, hace treinta años.

Porque la imaginación reconstruye por inducción lo grande por lo pequeño, y puede figurarse el Chimborazo viendo el Cerrillo de San Blas; pero no caben en aquella las diferentes manifestaciones de seis mil locos poseídos de la misma locura.

Sin embargo, creo que hace años, el de Madrid era superior á todos los Carnavales.

II

En las postrimerías del Reinado de Fernando VII estaban prohibidas las mascaradas, y cuando después de la muerte del Rey alzóse esta suspensión, el pueblo madrileño se desbordó como un río que rompe sus diques. Durante dos meses había veinte bailes de máscaras diarios, en que se compenetraban todas las clases sociales que más tarde habían de affuir á los famosos bailes de Villahermosa. ¡Qué

bailes éstos (por supuesto con careta), en los que se codeaban las tres veces duquesas con la *Corredera*, la *Juana Manojos* y otras chulas rebosando gracia madrileña! ¡Qué frases, qué bromas, qué contrastes! ¡Aquella sí que era la *luna de la verdad*!

Y cuando terminó la guerra civil y el país se repuso un tanto de los pasados desastres, llegó á su colmo el carnaval callejero. Las altas clases ayudaron al pueblo á divertirse: duquesas y chisperas, grandes de España y tripicalleros vistieron de mamarracho, y formaron comparsas y se completaron compenetrándose. Nadie tuvo el mal gusto de exhibir trajes elegantes é historiados; para eso se ven dramas ó comedias de magia: el Carnaval debe ser una mueca, una pesadilla de la imaginación desbordada, espontánea, grotesca; sinfonía chillona de notas discordantes, como lo es el espíritu de la humanidad.

Por eso creo superior el Carnaval de Madrid á todos los Carnavales.

Desde las siete de la mañana del domingo de Carnaval comenzaba el jaleo, que había tenido su correspondiente prólogo con los bailes del sábado. A dicha hora ya hormigueaban las comparsas, síntesis de la vida madrileña, que se reduce á dar y pedir. Después de profundas investigaciones, los madrileños han descubierto que para divertirse en regla se necesita dinero, y que gastando el del prójimo es mayor la diversión. No sé si el siguiente cuento es nuevo, pero encaja aquí como de molde:

Dos gallegos que salieron de su pueblo en el mismo día con dirección á Madrid, se separaron en el camino y volvieron á encontrarse en el Puente de Segovia:

— ¿Qué tal el viaje?
— Bien.
— ¿Has gastado mucho?
— Un real.
— ¡Habrás venido gulusineándote!
— ¿Pues comu?
— Porque yo salí del pueblo con duce reales y llevo con catorce.
— Habrás venido pidiendu.
— ¡Pues no, que vendría dandu!

Pues bien: una parte, y no floja, del pueblo de Madrid, para golosinearse en el Carnaval emplea el procedimiento del gallego del cuento; y ahora hablo en presente, porque la animación carnavalesca ha decaído, pero las comparsas siguen boyantes. Aunque ruja el aquilón, ó nieve más que en Siberia, ó lluevan pulmonías y gota serena, las comparsas de moros, valencianos, aragoneses, gallegos, danzantes de Getafe y Alcorcón, magos, vampiros, pajes de la edad sin medias, estudiantes é indefinidos pululan desde las siete de la mañana, sobresaliendo, por supuesto, las de estudiantes más ó menos auténticos, de esos que se toman vacaciones cuando les parece para silbar á la autoridad.

¡Qué muchachos más ingeniosos! ¿Saben ustedes cuánto gasta el que más para comer, beber, jalearse y bailar durante la semana de Carnaval? Pues cincuenta céntimos, y esto por el lujo de afeitarse y rizarse el pelo; porque eso sí, no se concibe un postulante sin el pelo rizado. Cumplida esta formalidad á las seis y media de la mañana, ya sólo tienen que ocuparse en recolectar dinero. Sus primeras víctimas son las criadas y amas de llaves que van á la compra, especialmente estas últimas, que se esponjan al oírse piropear. No hay que decir después, cuando la circulación de gente se hace mayor; los postulantes acosan al transeunte aunque vaya por la Unción, se cuegan en las tiendas, trepan á las rejillas y entresuelos y reparten sablazos á diestro y siniestro, agotando raudales de verbosidad; pero eso sí, siempre con el pelo rizado y el traje más ó menos negro, con golpes amarillos, que recuerda los paños tumularios.

¡Son tan simpáticos los estudiantes! En ellos ve la patria un porvenir de gloria y de silbas.

III

Hace años Madrid á las cuatro de la tarde del domingo y martes de Carnaval era un hervidero de mamarrachos y de estrépitos que hacían presentir las melopeas de Wagner. Las máscaras brillaban por su inocencia ó por su barbarie: el cieno social salía á la superficie simbolizado en andrajos, felpudos sucios y escobas indefinibles. Los hombres se vestían de mujeres y éstas de hombres, como si quisieran explorar los misterios del sexo opuesto. La imaginación desbordaba en necedades. En tales días no había murguistas, ni mendigos, ni ladrones, porque todos ellos disfrazados con sábanas y colchas, se apoderaban de lo ajeno á voluntad de su dueño.

Hoy los mamarrachos aislados van desapareciendo, pero la animación continúa. Cada año hay más

comparsas, porque cada vez hay más vicios, y éstas tienen la seguridad de poder satisfacerlos poniendo en contribución á todo el mundo, incluso al jefe del Estado. Madrid, decidido á divertirse y como pesados de que el Carnaval se vaya evaporando, aún acude á los escasos trapos como toro voluntarioso. Parece que la población se triplica con gente venida de los antípodas, para apretarse y zangolotearse en espacios que son inmensos y resultan reducidos.

En tales días, los coches, cuya hilera empieza en la Puerta del Sol y acaba no se sabe dónde, no son coches, sino balcones ambulantes, que van moviéndose lentamente: los hay que á las siete de la noche, no han podido llegar al comedío del paseo de Recoletos. Pero hasta en los tiempos democráticos existen privilegios: mediante licencia, que cuesta algo cara, los carruajes de los privilegiados de la fortuna circulan libremente por todas partes, proporcionando desazonada envidia á los pretenciosos que no quieren ó no pueden pagar. El centro del paseo es, pues, el objetivo de toda la curiosidad. Todavía allí algunos elegantes disfrazados de mamarrachos asaltan los coches que ostentan insolentemente su licencia, dando bromas más ó menos ingeniosas; y no hace mucho que aquel centro ofrecía un espectáculo monárquico-democrático sin igual. El carruaje del penúltimo rey, *sin miedo* y no me atrevo á añadir *sin tacha*, era asaltado por racimos de máscaras, arrastrando así la realeza y el Carnaval. Hoy sólo la infanta Isabel se atreve á penetrar en el *pandemonium*.

Pero el carnaval pintoresco se exhibe especialmente en los barrios extremos. Allí aún continúa la gran diversión: «Miste, me decía una chula el año pasado, á mí lo que más me gusta es mantear al pelele; *me se figura que es mi marío.*» ¡Y qué manteadoras, cielo santo! Yo creo que si los peleles pudieran pensar y sentir, sentirían cierta fruición en medio de su manteamiento.

Esto de los peleles me trae á las mientes una anécdota histórica que prueba que hasta el hombre más chapado suele ser pelele de la mujer.

Hace dos años un joven estudiante de Logroño se enamoró perdidamente de una preñada de *las Américas*; pero como no era ni suficientemente guapo ni suficientemente rico, siempre oía en respuesta á sus amorosos ruegos frases del tenor siguiente:

«Vaya, acuéstese usted, que está resfriado.»

O bien:

«¿Quié usted limpiarse, que está de huevo?»

El logroñés, impulsado por su pasión, insistía. El Carnaval se acercaba, y entonces se la ocurrió una idea á la preñada. Sabía que su pretendiente era muy hombre y que tenía mucha vergüenza, y por lo tanto, le dijo:

— Oiga usted, las damas tenemos que probar á nuestros cabayeros. ¿Quié usted que yo le cale como á los melones?

— Pero, ¿á qué viene eso, cuando sabe usted que mi alma y mi corazón y mi vida y todo yo soy de usted?

— Pues vamos á verlo.

— ¿Cómo?

— El martes de Carnaval va usted á dejarse mantear por mí y por cuatro amigas de confianza.

— ¡Eso es imposible!, exclamó el enamorado encendido de vergüenza.

— Pues si es imposible, también lo son otras cosas. ¡Abur y al avío!

El pobre estudiante anduvo loco dos ó tres días. El domingo de Carnaval se encontró con su adorada, ¡y cómo se la encontró, con aquella mata de pelo y aquellos ojos madrileños rebosando fuego y malicia, y aquel pañuelo de Manila de ocho puntas!

— ¡Cayetana!

— ¡Déjeme usted en paz! Voy de prisa, man llamao á palacio á formar menisterio.

— Oiga usted. ¿Aquello del manteamiento?...

— Bueno, ¿qué?

— ¿Podría ser en una sala ó en un patio?

— ¡Ca! No, señor; al aire libre pa que too el mundo se entere.

— ¡Cayetana!

— ¡A cuartito los moscones!

— ¿Y qué iría ganando el pelele?

— ¡Velay! Pue ser que la manta sirviera pa otros fines.

En resolución: el amante riojano fué manteadado el martes de Carnaval, en la confluencia del Rastro y Ribera de Curtidores, por su adorada y cuatro vigerosas cómplices, que le hicieron volar y golpearse contra las piedras del suelo cuando se les escapaba la manta. Por fin la preñada, llorando de enternecimiento, le recogió majado y maltrecho, y al meterle en un coche le dijo abrazándole:

«Ahora tú eres el amo pa toa la vida»

Los
prolon
les de
recuer
vo vol
davía
galas
ex Re
el fin
me pa
lechon
las vig
Estu
tiene
plica
All
un al
rico h
en do
está,
por a
mosos
del ca
queza
que la
en otr
ca de
para r
alcaba
guerra
terror
plata
dedor
entier
hacia
mente
ro un
jose á
fosa s
gote d
¡Figúr
del al
titud s

Los madrileños se ingenian para prolongar el Carnaval. El miércoles de Ceniza, cuando la iglesia nos recuerda que somos polvo y al polvo volveremos, las turbas, que todavía son carne, acuden con sus galas carnalescas á la Pradera del ex Real Canal del Manzanares, con el fin de enterrar la sardina. A mí me parece que deberían enterrar un lechón, puesto que se aproximan las vigiliás de la Cuaresma.

Esta costumbre de contrasentido tiene su tradición, aunque no explica su origen.

Allá por los tiempos de Carlos II, un alcahalero que tenía fama de rico habitaba una casucha situada en donde posteriormente estuvo (ó está, pues hace años que no voy por aquellos sitios) uno de los famosos castillos del embarcadero del canal. Ahora, los que tienen riquezas las dejan en su casa para que las roben (como ya he dicho en otra parte), pero en aquella época de obscurantismo se enterraban para más seguridad; y el bueno del alcahalero susodicho, al estallar la guerra de Sucesión comenzó á soterrar dinero y lingotes de oro y plata en todo el campo de los alrededores de su morada. Entonces el entierro de la sardina se verificaba hacia el sitio en donde posteriormente estuvo el primer molino; pero un año, sin saber por qué, antojóse á las turbas cavar más acá la fosa sardinil, y encontraron un lingote de oro que pesaba cinco libras. ¡Figúrense ustedes la consternación del alcahalero, que vió que la multitud se disponía á levantar la tierra

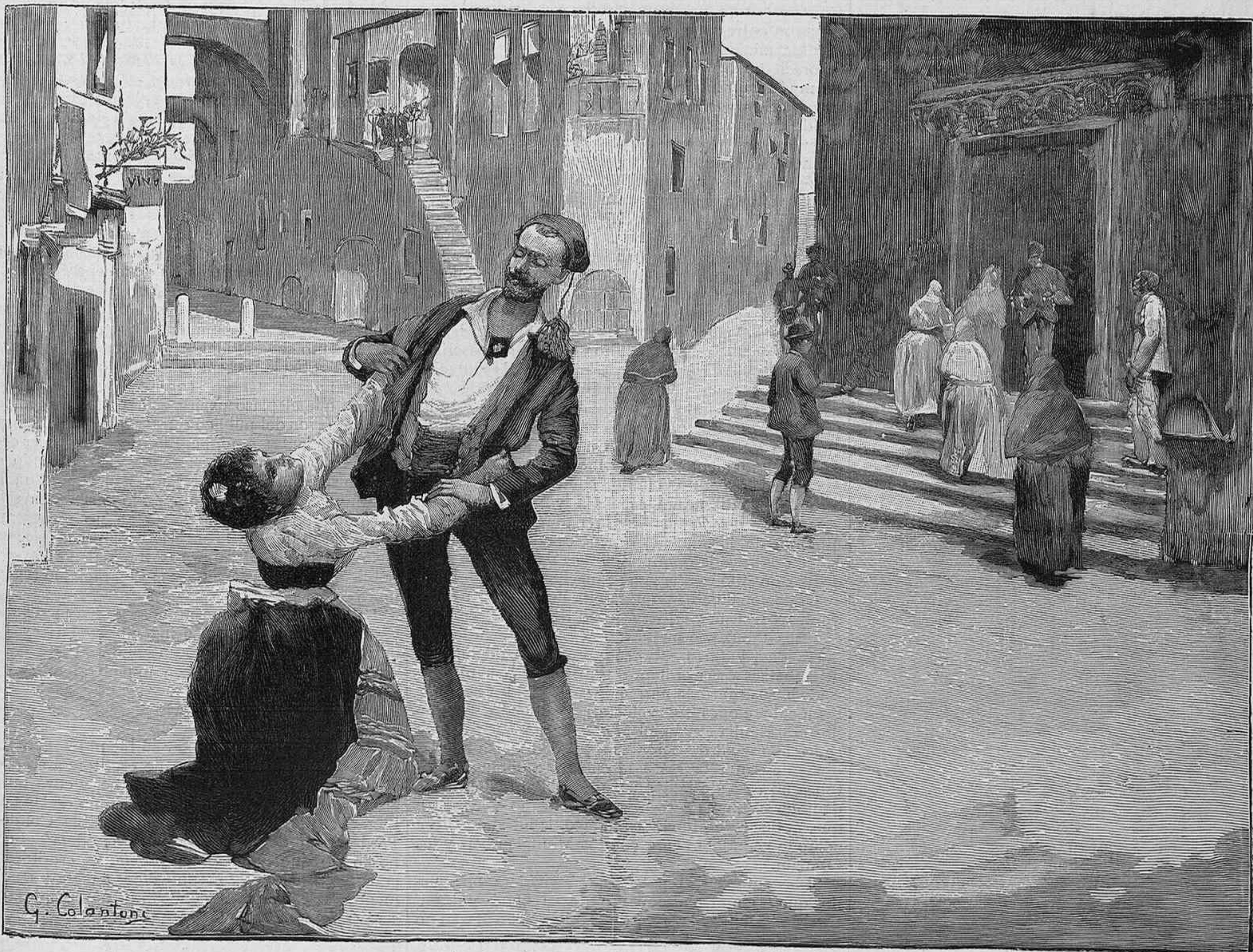


EL MAESTRO PEDRO MASCAGNI, autor de la ópera *Cavalleria rusticana*. (De una fotografía.)

de todo el campo! Su mismo exceso de precaución le había perdido: no quiso enterrar junto su tesoro por no perderle entero si alguien le descubría, y aquella maldita tarde iban á robársele poco á poco para mayor dolor. Acudió, pues, desalado á pedir auxilio á la autoridad, vino una compañía de cazadores á caballo y por poco se arma un motín que ni el de Oropesa. En los días siguientes hubo en aquel campo más buscadores de oro que ahora en California, y aunque nada encontraron, siempre se recordaba este incidente en las tardes de entierro de la sardina.

¡Qué tardes y qué espectáculo el de la Pradera del Canal! Para reproducirle sería necesario el pincel de Goya, el caprichoso colorista.

Allí está la vida del pueblo de Madrid en todo su hervor; se cruzan los dicharachos, se rompen botijos en cabeza ajena, menudean los garrotazos, se baila hasta reventar, se columpian las chulas hasta volar al cielo, y flotan en el aire microbios de *coorza* (vulgo borrachera) tan grandes, que se ven sin necesidad de microscopio. Y según informes verídicos, la animación sardinesca no ha decrecido como el Carnaval; por el contrario, con el aumento de población y riqueza hase refinado con los adelantos modernos. Antes sólo había allí pobres puestos de vino, aguardiente, torrados, pasas, majuelas, bellotas y otras ordinariées; pero han llegado hasta allí la manzanilla y el champagne.



La tiple Sra. Pantaleoni (*Santuzza*) y el tenor Sr. Valero (*Turiddu*) en la escena VII de *Cavalleria rusticana*, representada en el teatro de la Scala de Milán



El tenor Sr. Valero en el papel de Turiddu de la *Cavalleria rusticana*

V

En la actualidad el Carnaval es el reinado de los niños. Sus padres y deudos los disfrazan para habitarlos á la comedia humana. Los padres al verlos se divierten por fuera, mientras los niños se aburren por dentro.

Cohibidos por trajes que no acostumbran á usar, andan tiesos y espetados. Sintiendo blanco de la general curiosidad, pierden la gracia espontánea de la niñez: no se rascan por miedo de estropearse el peinado, no se suenan por no desteñirse el bigote postizo, resisten el cansancio porque comprenden que al tomarles en brazos se les arrugaría el traje: hay chula de cinco años que arrastra una cola que pesa más que ella, y guerrero de siete que se tuesta debajo del arnés. Pero tienen que ser el maniquí de la vanidad de sus mayores y de su inconsciente vanidad.

¡Quién sabe las ideas que cruzarán por aquellas mentes infantiles!

Probablemente recordarán los corros del *Parterre* y las locas carreras del Prado.

Pero aun así y todo, los niños constituyen los pun-



La tiple Sra. Pantaleoni en el papel de Santuzza de la *Cavalleria rusticana*

tos luminosos entre aquellos nubarrones de adiosos.

Como los niños son un aroma viviente, cuando se penetra en el baile de la Comedia la vida huele bien, y los pensamientos son suaves como las cabezas que se acarician y como las mejillas que se besan.

Las esfinges del porvenir, representadas en el de aquellos niños, se hacen allí de color de rosa. Allí están los problemas de la humanidad; de aquellos embriones infantiles saldrán tal vez grandes poetas que embelesen al mundo, estadistas que le mejoren, sabios que le dilaten y futuros Kochs que, matando las enfermedades, prolonguen la existencia humana retardando la sucesión de generaciones.

El domingo de Piñata es la retaguardia del Carnaval. En los cinco días de intermedio los comparsas han afilado sus sables y las viejas verdes se han repuesto de sus averías. Para estas buenas señoras el último baile es el bello ideal. La codicia propia de la edad proveya y el amor enmascarado, que es el único á que ya pueden aspirar, se adunan en la piñata para embelesarlas. Allí puede tocarlas la rifa, y blindadas detrás de la careta pueden ser requeridas de amores.

¡Oh, domingo de Piñata! ¿Por qué no has de ser eterno?

Fea es la carátula; pero aún lo es más la humanidad desenmascarada.

FLORO

DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

APUNTES BIOGRÁFICOS

Emilia Pardo Bazán nació á fines de 1854, en la Coruña, capital de Galicia. Su familia, lo mismo por parte de padre que de madre, es de las más ilustres de la antigua nobleza gallega, y arranca del famoso mariscal Pedro Pardo, el turbulento magnate decapitado por los Reyes Católicos. La educación de la futura escritora fué muy amplia; sus padres le permitieron entregarse desde los primeros años á su desmedida afición á la lectura, y no estorbaron, antes favorecieron su vocación literaria, que se reveló desde muy temprano en artículos, versos y ensayos de novela. Esta vocación, interrumpida por la existencia de continuos viajes y distracciones que llevó desde su casamiento con D. José Quiroga, casamiento verificado cuando la escritora no contaba más de diez y seis años, remaneció al nacer el primer hijo, con la vida sedentaria y tranquila impuesta por la lactancia; pues la Pardo Bazán, que es una madre apasionada, ha criado á sus tres hijos con cariño y fortuna, prevaleciendo para llevar esta sagrada función de la gran robustez que el cielo le ha concedido. Hacia 1877 ganó el primer lauro de prosista con el *Estudio crítico sobre las obras de Feijóo*, y desde entonces, en el corto espacio de trece años, ha desplegado asombrosa actividad, no sólo en sus escritos, sino en su vida, granjeándose la universal reputación que disfruta, escribiendo y publicando más de veinte tomos, realizando otros muchos viajes de estudio y de arte, que alguno se hizo célebre, como el de la Romería Vaticana de 1887. En trece años su nombre, profundamente desconocido, ha venido á ser quizás el más repetido, citado, comentado, llevado y traído de la literatura española, y ni en fama ni en venta tiene hoy Emilia Pardo nada que envidiar á ninguno de los autores españoles contemporáneos. Hace dos años la opinión pública la señalaba para ocupar un sillón en la Academia Española.

La personalidad literaria de la ilustre escritora es doble. Novelista y crítica á la vez, hay quien se deleita con sus fábulas, ó mejor dicho, con sus estudios de la realidad, y quien saborea y prefiere sus delicadísimos análisis y sus brillantes trabajos de polémica periódica, sus sabrosas narraciones de viajes y sus doctas lucubraciones sobre historia ó filosofía. Hay un libro de Emilia Pardo, el *San Francisco de Asís*, que se lee con igual devoción que pueden leerse hoy las obras de Santa Teresa, y la numerosa comunión católica no cesa de lamentar que la Pardo Bazán no dedique su pluma á trabajos del mismo género, en que, al decir de Menéndez Pelayo, la insigne gallega compite ventajosamente con los Montalembert y los Ozanam.

Si los autores de reputación más vividera son aquellos que traen al pensamiento de su época y de su patria algo nuevo, la fama de Emilia Pardo Bazán no morirá nunca, porque ha innovado en España el criterio estético, verificando una revolución en el terre-

no de la novela. A este resultado concurren sus famosos artículos titulados *La cuestión palpitante* y sus no menos celebradas conferencias del Ateneo de Madrid sobre *La revolución y la novela en Rusia*.

Por la influencia que indudablemente han ejercido aquéllos en la novela española contemporánea, copiamos á continuación algo de lo que acerca de ellos escribía su misma autora en el año 1886, en los apuntes autobiográficos que preceden á *Los Pazos de Ulloa*.

«Mi objeto era decir algo, en forma clara y amena, sobre el realismo y naturalismo, cosas de que se hablaba mucho, pero con ligereza y sin que nadie hubiese tratado el asunto de propósito. Creí, pues, conveniente acudir á la prensa y salir al palenque sin más armas que una delgada coraza de erudición anecdótica, que no asustase á los profanos, antes bien les sirviese de cebo, y no me estorbases los movimientos á mí. El éxito subió adonde nunca la esperanza. Siempre me sorprenderá el extraordinario dinamismo de aquel librejo trazado al correr de la pluma, en que lo único calculado es la impremeditación y espontaneidad, que procuré para quitarle todo sabor didáctico. Al ver que unos artículos ligeros, batalladores é improvisados han dado origen á tantas polémicas, provocado tantas adhesiones entusiastas, tanta contradicción, tanto alboroto, y son traducidos y analizados seriamente por la prensa extranjera, y hasta consiguen, al cabo de los años mil, volver á poner en manos de Valera su nunca oxidada pluma, yo que debo á Dios la discreción necesaria para no cegarme acerca de mis propios méritos, y los veo tan insignificantes como son, explico la fortuna del libro por su oportunidad, y me aplico aquello de que más vale llegar á tiempo que rondar un año.

»La fuerza de las cosas, en literatura como en todo, es superior á la acción del individuo. Indudablemente, si yo no hubiese escrito la *Cuestión palpitante*, no por eso dejaría de conocerse é influir en la literatura española el naturalismo francés, como influyó á su hora el clasicismo francés también, y el romanticismo.»

Las obras de la Pardo Bazán son tan conocidas que casi huelga dar lista de ellas: ¿quién no ha leído, además del *San Francisco* y la *Cuestión palpitante*, las preciosas novelas *Un viaje de novios*, *El cisne de Vilamorta*, *La tribuna*, *Los Pazos de Ulloa*, *La madre naturaleza*, *Una cristiana*, *Morriña*, *Insolación*? ¿Quién no ha saboreado con golosina los primorosos cuentos de la *Dama joven*? ¿Quién no admira la crítica delicada y sutil de *De mi tierra*?

La última empresa acometida por tan ilustre escritora demuestra de cuánto es capaz su varonil espíritu, á cuánto llegan sus conocimientos y adónde alcanzan su talento y sus aptitudes, tan varias como excepcionales. Nos referimos á la reciente publicación de su *Nuevo teatro crítico*, revista mensual interesantísima, en cuyas páginas de amena é instructiva lectura, sólo á su pluma debidas, hace la Pardo Bazán verdadero derroche de espíritu crítico, de erudición literaria y de fecundidad de ingenio, abarcando todo cuanto cae bajo la jurisdicción de las bellas letras. El artículo-presentación con que encabeza el primer número termina con las siguientes palabras: «.. Así que el plazo expire, si veo que mi empresa logra el favor del público y no rinde mis fuerzas, la llevaré adelante; si no, haré lo que debe hacer el que no da gusto á los señores: retirarme, esperando que otro lo sepa tañer mejor.» Para bien de nuestra literatura y contento de los que en lo hasta ahora salido hallaron sabroso deleite y esperan no menos grato recreo en lo que en lo sucesivo aparezca, ¡plegue al cielo que no le falten ni las fuerzas ni el favor del público! Lo primero sería una desgracia; lo segundo una vergüenza.

La Pardo Bazán, que no goza de los fueros de su sexo, pues lo varonil de su ingenio hace que sea discutida y comentada como un hombre, tiene émulos y enemigos; pero supera con mucho al número de éstos el de los admiradores y lectores asiduos, que desde todos los puntos de España y América le dirigen testimonios de entusiasmo.

Un detalle para completar su biografía. Hará cosa de medio año perdió la insigne escritora á su padre, al cual profesaba entrañable cariño, y cuya muerte alteró su salud y la alejó algún tiempo de las tareas literarias. El fallecimiento del respetable Conde de Pardo Bazán dejó á su hija única heredera del título nobiliario que aquel señor poseía. La escritora, sin embargo, no lo usa, porque dice sincera y sencillamente: «¿Quién va á conocerme por condesa? Yo seré la *Pardo Bazán* toda mi vida.»

**

cas
que
pre
don
jars
serv
cua
que
pan
ral
V
hab
y co
con
rem
más
nuc
con
mar
toda
lo r
corr
cada
á tr
mú
go
Vol
teos
bil
ta d
ranz
mie
saba
el D
A
acer
toy
cata
dad
cuñ
en C
paci
N
preg
mito
han
la c
de c
agua
doñ
con
tent
dem
gab
tra s
gam
cada
do l



EL SEÑOR DOCTORAL

A la verdad, aunque todas las misas sean idénticas y su valor igualmente infinito, como sacrificio en que hace de víctima el mismo Dios, yo preferí siempre oír la del señor Doctoral de Marinada, figurándome que si los ángeles tuviesen la humorada de bajarse del cielo, donde lo pasan tan ricamente, para servir de monaguillos á los hijos de los hombres, cualquier día veo á un hermoso mancebo rubio, igual que lo pintan en las Anunciaciones, tocando la campanilla y alzándole respetuosamente al señor Doctoral la casulla.

Vivía el señor Doctoral con su ama, mujer que había cumplido ya la edad prescrita por los cánones, y con un gato y un tordo, de los que en Galicia se conocen por *malvoises* y silban y gorjean á maravilla, remediando á todas las aves cantoras. La casa era, más que modesta, pobre, y sin rastro de ese aseo minucioso que es el lujo de la gente de sotana. Porque conviene saber que el ama del Doctoral, doña Romana Villardos Cabaleiros, había sido *in illo tempore* toda una señora, por lo cual tenía resuelto trabajar lo menos posible, y señora muy padecida, llena de corrimientos y acedumbres, por lo cual seis días en cada semana se guillaba enteramente, entregándose á tristes recordaciones y olvidando que existen en el mundo escobas y pucherós. En el hogar del canónigo ocurrían á menudo escenas como la siguiente: Volvía de decir la misa, y mientras arriaba los manteos y colgaba de un clavo gordo la canaleja, su débil estómago repetía con insinuante voz: «Es la horita del chocolate.» Alentado por tan reparadora esperanza, el doctor se sentaba á aguardar el advenimiento del guayaquil. Pasaba un cuarto de hora, pasaba media... Ningún síntoma de desayuno. Al fin el Doctoral gritaba con voz tímida y cariñosa:

— ¡Doña Romana... doña Romana!

Al cabo de diez minutos respondía un lastimero acento:

— ¿Qué se ofrece?

— ¿Y... mi chocolate?

— ¡Ay!, exclamaba la dolorida dueña. Hoy no estoy yo para nada... ¿Sabe V. qué día es?

— Jueves, 6 de febrero, Santa Dorotea y Revocata...

— Justo... El día que hallándome yo más descuidada voy y recibo la carta con la noticia de que mi cuñado, el comandante, se había muerto del vómito en Cuba... ¡Ay, Dios mío! ¡El Señor de la vida me dé paciencia!

Nunca la buena pasta del Doctoral le consintió preguntar á la matrona si por haberse muerto del vómito su cuñado, era razón que su amo se muriese de hambre. Lo que solía hacer era abrir la alacena de la cocina, sacar de su envoltura mantecosa la onza de chocolate, y roerla, con ayuda de un vaso de agua. Después solía dedicar un ratito á consolar á doña Romana, que hipaba en el rincón de un sofá, con la cara embozada en un pañuelo.

— Doña Romana, ... Dios, ... la resignación... No tentar á Dios, por decirlo así... ¡Si llora V. más, perdemos las amistades!...

— Mañana tendrá V. el chocolate á punto, respingaba con aspereza la vieja.

— ¡Si no es por el chocolate, mujer!... Es que nuestra santa religión, ... ¿lo oye V.?, nos manda que tengamos correa, ... que no nos desesperemos, ... y que cada uno se someta á la voluntad divina, ... aceptando la situación que...

Doña Romana se revolvió toda venenosa, exhalando un ronquido comparable al *¡fii!* de los gatos.

— Ya entiendo, ya... Ahora mismo me voy á poner la comida, para que no tenga V. qué echarme en cara ni que avergonzarme por cosa ninguna.

— ¡Jesús, doña Romana!... ¡Vaya por Dios! Todo lo toma usted por donde quema, ... murmuraba el Doctoral apiadado y contrito.

El caso es que cuando al ama le daba muy fuerte la ventolera, tampoco arribaba al fuego la olla, y algún día el canónigo, con sus manos que consagraban la Hostia sacrosanta, se dedicó á la humillante operación de mondar patatas ó picar las berzas para el caldo. Nada de esto molestaba al buen señor como los fracasos de su oratoria, que no lograba serenar el atribulado espíritu de la dueña. Porque si en algún escondrijo del alma del

Doctoral crecía la mala hierba de una pretensión, era en el terreno de la elocuencia. Por componer un sermón que dejase memoria, diera el dedo meñique, ya que no la mano. Cada vez que subía al púlpito algún jesuita de estos que tienen pico de oro y lengua de fuego para echar pestes contra las impiedades de Draper y Straun (en Marinada perfectamente desconocidas) ó algún curita joven vaciado en moldes castelanos, de estos que hablan del «judaico endurecimiento», y de la «epopeya de la Reconquista», y de la «civilizadora luz que el sacro Gólgota irradia», el señor Doctoral no se reconocía de envidia, por imposibilidad psicológica; pero se abismaba dolorosamente en la convicción profunda de su propia inutilidad, y sus reflexiones — suponiéndoles una ilación que no tenían y peinándolas mucho — podrían transcribirse así:

— ¡Jesús mío, ya está visto que yo no te sirvo para maldita la cosa! Soy un trapo viejo, un perro mudo. Necesidad grande la mía en desear, como he deseado, que me envíen á predicar el Evangelio en tierras salvajes, donde abunda la cosecha de almas. ¡Bonito soy yo para apóstol, con esta lengua torpe, estos dichos sosos, esta voz de carraca y esta fachilla insignificante! Señor, ¿por qué no me habréis concedido el don de la palabra? ¡Sería tan hermoso cantar vuestras alabanzas, llenar de una conmovida multitud vuestro templo, siempre vacío; derretir los corazones derramando en ellos, viva y caliente, la infusión de la gracia! Y el caso es, Jesús mío, que si con vuestro infinito poder me desatarais el habla, si me cortaseis el frenillo y me otorgarais el palabreo bonito y los períodos sonoros que gastan los predicadores de rumbo, ... ¡se me figura que diría yo cosas muy buenas! Porque en mi interior siento unos fervorines, ... y así como unas ideas raras, nuevas y eficaces... Cuando el padre Incienso está á vueltas con aquello del «helado indiferentismo» y lo otro del «determinismo positivista, nefanda resurrección del fatalismo pagano», me entran á mí arrechuchos de gritarle: «Padre Incienso, por ahí no... Si aquí no existen semejantes positivistas ni deterministas, ni hay tales carneros... Aquí lo que importa es apretar en esto, en esto y en lo otro.» ¡Ah, si me ayudasen las explicaderas! Jesús mío, ¿por qué consientes que sea tan zote?... ¡Vaya un señor Doctoral! Señor animal es lo que debían llamarle.

En el confesonario luchaba el señor Doctoral con la misma deficiencia de facultades. Jamás se le ocurrían esas parrafadas agrídulces que entretienen los escrúpulos de las devotas, ni esos apóstrofes tremendos que funden el hielo de las empedernidas conciencias. Nada; vulgaridades y más vulgaridades. «Paciencia, que también la tuvo Cristo... Bueno: otro día procure V. no promiscuar... ¡Animo; arránquese V. del alma esa afición tan peligrosa!... Está usted obligado á restituir, y si no restituye no puedo absolverle... A ese enemigo perdónele V. de todo corazón antes de comulgar... Sería un sacrilegio horrible recibir á Dios deseando la muerte á nadie.» Y patochadas por el estilo: de modo que Arcangelita Ramos, presidenta de las Hijas de María; la marquesa de Veniales, fundadora del Roperito; la brigadiera Celis; en fin, la flor y nata de las devotas marinadas estaban acordes en que el señor Doctoral era un clérigo de misa y olla, y el padre Incienso un encantado, según enredaba por la reja del confesonario flores de retórica y filigranas de místico discreto.

En cambio la gente baja decía primores del señor Doctoral. Marineros, artesanos y cigarreras, al verle pasar arrastrando los pies y sonriendo con la vaga sonrisa de las almas bondadosas, murmuraban con misterio: «Es un santo.» En la fábrica de tabacos (donde no hay noticia que se ignore ni sucedo que no se comente) se referían mil anécdotas de la vida privada del Doctoral. Que si había vendido las hebillas de plata de los zapatos para que no echasen á unas pobres del piso, cuyo alquiler estaban debiendo; que si no teniendo moneda, cuando en la calle le pedían limosna, daba el tapabocas, el pañuelo, el rosario; que si pasaba necesidades en su casa por socorrer las ajenas; que si á veces no se echaba carne en su olla; que si unos mantos le duraban diez años... Cuentos semejantes sofocarían muchísimo al Doctoral si los oyese. Por aquel romanticismo de la limosna callejera, se regañaba diariamente á sí propio, tratándose de hombre ñoño y sin substancia, y pensando que en lugar del ochavo le estaría mejor establecer alguna sociedad ó congregación, escuela dominical ó cocina económica, «á fin de recabar de la filantrópica abnegación de las colectividades lo que no logran los más gigantescos esfuerzos de la iniciativa privada», como decía un periódico local, *El Nautiliense*, tratando de una empresa para salvamento de naufragos. Sólo que las tales fundaciones requieren labia, expediente, *agilibus*, ... y el Doctoral no poseía semejantes dones, esencialísimos en los tiempos que corremos.

Una noche, el Doctoral, bastante resfriado, hubo de acostarse con las gallinas. El tiempo era de pèrros: diluviaba, y el viento redondo de Marinada sacudía los edificios y rugía furioso al través de las bocacalles. Por lo mismo, la cama estaba calentita y simpática en extremo, y el Doctoral, arropado, quieto y á obscuras, sentía ese bienestar delicioso que precede á la soñarrera. Sus huesos, torturados por el reuma, iban calentándose, y su pecho, obstruído por el recio catarro, funcionaba mejor. Era un instante de goce sibarítico, de esos que prolongan la débil existencia de los viejos. El murmullo del último padre-nuestro moría en labios del Doctoral, cuando el aldabón y la campanilla resonaron casi á un tiempo estrepitosamente, y el vocerío de una discusión alborotó la antesala. La discusión seguía, convirtiéndose en disputa, hasta que doña Romana, palmatoria en ristre, se lanzó en la alcoba á noticiar que una mujer muy mal vestida, con trazas de pedir limosna, se empuñaba en que había de verlo y en que había de verlo. Como el soldado que oye el toque de clarín, el Doctoral saltó de la cama, y apenas cubiertos los paños menores con otros mayores, salió á la antesala, enfrentándose con la mujer, la cual chorreaba agua, pegándosele á los hombros el mantoncillo negro y á la cabeza el pañolito de algodón.

— Santo querido, exclamó intentando besar la mano del viejo, mi hermano está en los últimos, dando las boqueadas, y no se quiere confesar... Se muere, señor, y lo mismo que un can, con perdón de V... A ver, santiño, si le convence á aquel alma negra, para que no se vaya así al otro mundo.

— ¿Quién es su hermano de V., mujer?

— El escribano Roca...

— El Doctoral miró con cierta extrañeza el pobre pelaje de la mujer, y ella, comprendiendo el sentido de la mirada, balbució:

— Yo soy cigarrera y gano muy poco, que tengo mala vista, el Señor me consuele... Mi hermano es riquísimo, y nunca un cuarto me da... Allí tiene en casa una pingarrona, dispensando la cara de ustedes, sin vergüenza, que todo se lo come..., y yo con cuatro hijos que mantener de mi sudor santo. Pero no crea que es por el aquel de la herencia por lo que vengo. Pobre nació y pobre moriré, y no me interesa si no fuera por los hijos. Lo que yo quiero es que el hermano se me condene, ni que se ría esa lambonaza que tiene allí, más pegada que la lapa á la peña... Santo, buena faltita me hace el dinero, pero Dios vale más. Dignese sacar del infierno á mi hermano.

— Mire, mujer, arguyó el Doctoral, subyugado ya por aquella voz enérgica. Yo no sirvo para eso de convencer á nadie. Vaya al padre Incienso, que sabe persuadir, y lo hará muy bien.

— ¡Ay, señor! Ese padre será bonísimo, yo no le quito su bondad, pero en Marinada no hay otro santo como V. Las cigarreras dejamos por V. al Papa en persona. Si no quiere venir déme un no, pero no me diga de buscar otra persona; que si V. no hace el milagro, ni Dios lo hace.

¡Oh eterna flaqueza humana! Sintió el Doctoral un dulce cosquilleo en el amor propio...

— Doña Romana, mi paraguas.

— ¡Su paraguas!, bufó la dueña. ¿No sabe que parecía el banderín de los Literarios y no hubo más remedio que enviarlo á forrar?

El Doctoral vaciló un segundo y al fin indicó tímidamente:

— ¡Vaya por Dios! Bien: el manto y el sombrero viejo... Y la bufanda.

Salieron. La lluvia se precipitaba de lo alto del cielo en ráfagas furiosas, batidas por el viento loco, que obligaba al Doctoral á pararse rendido. El agua, que penetrando al través del raído manto llegaba ya á las carnes del venerable apóstol, era helada, y su cruel frialdad creía él sentirla, mejor aún que en la epidermis, en los tuétanos. Y no era floja la tirada hasta casa del escribano. La plaza anchísima y salpicada de charcos; las lúgubres callejuelas del barrio viejo; el largo descampado del Páramo de Solares; la solitaria calle Mayor, por el día tan concurrida y animada; luego el paseo de las Tilas, donde el aguacero, en vez de aplacarse, se convirtió en diluvio... El Doctoral, caladito, advertía una sensación extraña. Parecía que su alma se había liquidado, convirtiéndose después en un témpano de nieve. «¡Jesús mío, pensaba el varón apostólico, conservadme siquiera un poquítico de calor, una chispita de fuego no más! Con este frío del polo, ¿cómo queréis que yo logre inflamar un alma? ¡Jesús mío, no permitáis que me hiele del todo!...» La centellita de fuego disminuía, disminuía; era sólo un punto rojizo allá en el fondo de un abismo muy negro... Al llegar al portal del escribano la chispa titiló, y se quedó tan pálida que podría jurarse que estaba apagada enteramente. Y el pensamiento del apóstol, al subir las escaleras, no giraba en derredor de conversiones ni de actos de fe, sino de esta preocupación mezquina y terrenal: «¡Si me diesen un poco de aguardiente de anís ó de vino añejo! ¡Si hubiese al menos un brasero donde secarse!»

La cigarrera llamó briosamente, y como tardasen en abrir, secundó el toque con mayor furia. Apareció en la puerta una imponente mujeraza, gruesa y bigotuda, de ojos saltones y pronunciadas formas, que se desató en invectivas, queriendo cerrar otra vez. Pero la cigarrera se incrustó á guisa de cuña para impedirlo, y hecha una sierpe voceó:

— ¡Aparta, aparta, que aquí traigo á Dios para que mi hermano no se muera como un can! ¡Aparta, condenada raposa, saco de pecados!

Y apartándose descubrió al Doctoral que chorreaba y tiritaba, hecho una sopa, trémulo, tan encogido que había menguado media cuarta de estatura. ¡Cosa rara! La mujerona, sin embargo, le conoció; le conoció tan de pronto, que su actitud cambió enteramente; apagáronse las chispas de sus ojos, murió la injuria en su airada boca, y con sumiso acento pronunció:

— Pase, señor Doctoral, pase... Perdona, que no le veía... A V., que sacó de la necesidad á mi madre... ¿no se acuerda? ¡En el cielo se encuentre los cinco duros que le dió para poner el puesto de hortaliza!... A V. no le pego yo con la puerta en los hocicos... Pase y haga lo que quiera, señor;... pero considérese de que estoy sirviendo hace tres años en esta casa, y es justo que al morir el señor de Roca no quede yo pereciendo... Entre ya.

El Doctoral se enderezó... La centella renacía al soplo de aquel entusiasmo, de aquella gratitud inesperada, frutos de una buena acción ya vieja y puesta en olvido... Luz misteriosa alumbró su espíritu, y una idea al par terrible y consoladora le estremeció hasta lo más profundo de su corazón. La tal idea convirtió el mortal frío de la mojadura en un ardor, una especie de fiebre apostólica. Con resuelto paso entró en la alcoba del enfermo.

Hallábase éste muy fatigado, en una de esas angustiosas crisis que preparan la agonía. Su pecho subía y bajaba al compás de estertorosa disnea. El afanoso resuello podía oírse desde el pasillo. A pesar de tan violenta situación, de lo mucho que debía sufrir, la entrada del Doctoral no le pasó inadvertida, y agitando los brazos y exhalando rugido vehemente, indicó que le desagradaba la visita y que el clérigo estaba de más. Sin embargo, la mujerona, después de arreglarle las almohadas, salió discretamente, dejándole á solas con el médico del espíritu.

Este permanecía á la boca de la alcoba como hombre indeciso que aguarda la inspiración para proceder. Sus miembros los paralizaba el frío mortal; pero allá en el foco donde antes titilaba, próxima á extinguirse, la sobrenatural chispita, había ahora estallido de llama intensa, que empezara á arder lentamente, y después tal incremento adquiriera que el apóstol se sentía abrasar... Ya no pensaba el señor Doctoral ni en refocilarse con unas gotitas de anís, ni en arriarse á un buen fuego de leña, ni en volverse á sus tibias sábanas. De repente se llegó á la cama del enfermo y delante de ella se hincó de rodillas. El escribano clavó en él sus ojos apagados, amarillentos y turbios.

— ¿Qué... hace V... ahí?, articuló trabajosamente.

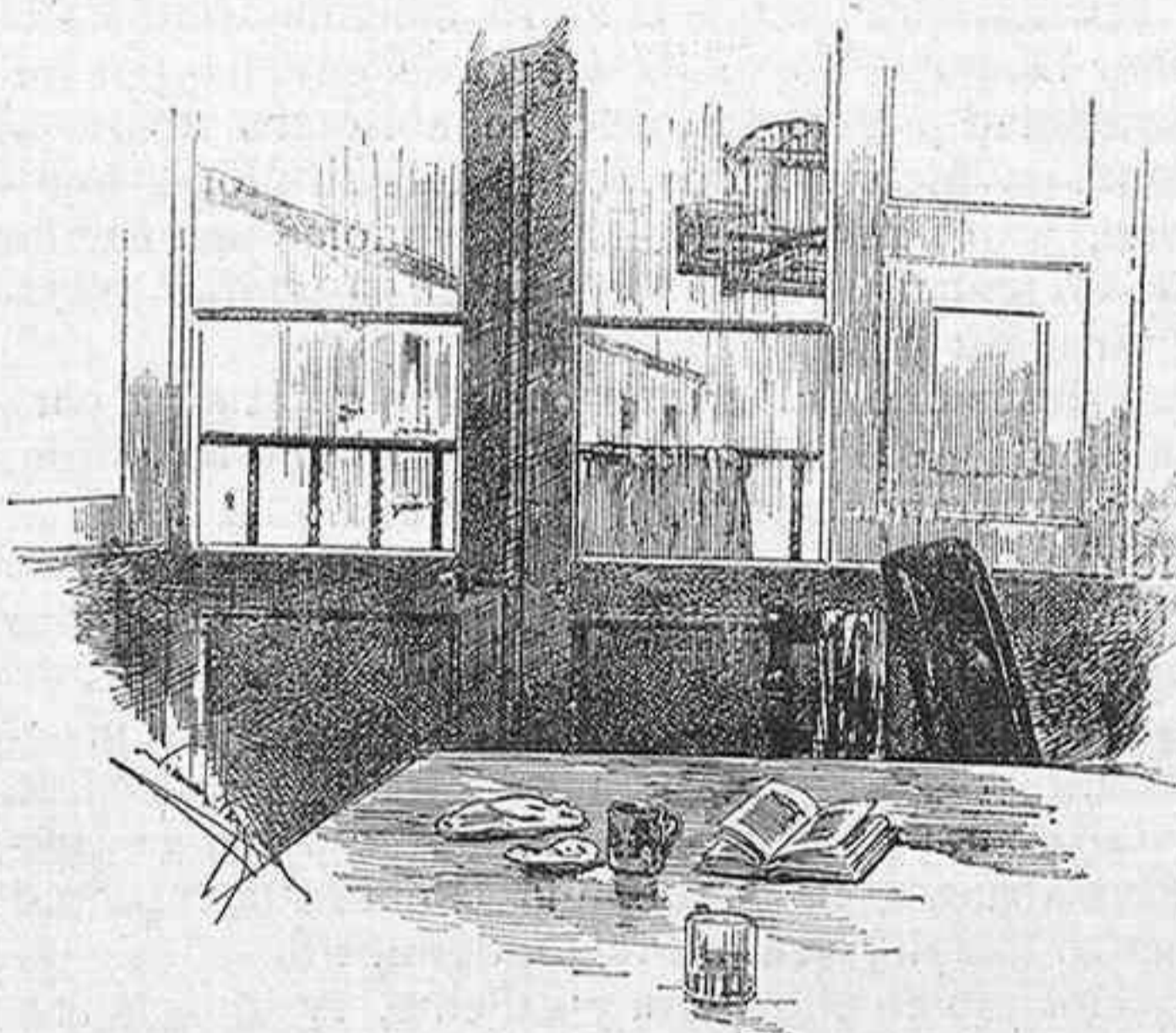
— Rezo, contestó el apóstol, para que V. se confiese, se arrepienta y se salve.

— Y á V. qué... ajo... le importa... que yo... ¡Por vida!... ¡Pepa!

— No llame V., que Pepa sabe que ningún mal vengo á hacerle... El que V. se salve me importa mucho... contestó el Doctoral irguiéndose, creciendo en voz, carácter y estatura, y encontrando en sí una fuerza de voluntad y hasta una afluencia de frases que no tenían nada que envidiar á las del padre Incienso. Me importa mucho, porque V. podrá morir hoy, pero yo estoy seguro, ¿lo oye V.?, de que no viviré ocho días. Me encontraba en la cama, resfriadísimo; me he levantado para venir á confesar á usted; me he calado hasta los huesos, y sé que he ganado la muerte. Y como no he de presentarme delante de Dios con las manos vacías, ¡caramba!, me he empeñado en salvar su alma de V. para no perder la mía. En toda mi vida le serví de nada á Dios... de nada absolutamente. Ahora me llama á sí, y quiere V. que yo le diga: «Soy tan tonto que no supe ablandar al escribano Roca?» Ahora que me ha entrado un don de persuadir que no tuve nunca, ¿quiere V. impedirme que lo aproveche? No, señor... Usted me oirá. Antes me hacen pedazos queirme de aquí sin absolverle... Máteme V. si gusta, pero atienda á mis palabras.

El último episodio de la historia del Doctoral ocurre en el pórtico del cielo. A él llegaron juntas las almas del apóstol y del escribano convencido por su tardía elocuencia. El escribano, á la vez avergonzado y loco de gozo (porque con la ganga de ir al cielo, dígame la verdad, no soñara él nunca), se apartó á fin de dejar paso al alma del Doctoral. Y el Doctoral, sonriendo al pecador, se hizo atrás y dijo humildemente:

— No, V. primero...



EMILIA PARDO BAZÁN

EL FLAMENCO EUROPEO

(PHOENICOPTERUS ANTIQUORUM)

Una de las aves acuáticas europeas más curiosa y de más preciosos colores es indudablemente el flamenco.

Aquellos de mis apreciados lectores, acaso todos, que hayan visto un flamenco y no se hayan fijado bien en él, se extrañarán de que yo clasifique tal ave entre las palmípedas y no entre las zancudas, á las cuales parece pertenecer á primera vista por su prolongado cuello y sus delgadas y largas patas.

Sin embargo, habiendo observado al flamenco en su vida y costumbres, habiéndole examinado detenidamente en su exterior é interior, no se puede dudar de que esa ave es un ánade con cuello y piernas de gran longitud. La naturaleza no se sujeta siempre á una sola forma, sino que crea figuras extrañas, que necesitan un reconocimiento muy detenido por nuestra parte para poderlas comprender.

No existe probablemente otra ave cuya clasificación haya costado á los sistemáticos tantos rompecabezas como el flamenco. Esos naturalistas olvidan que nosotros mismos, no la naturaleza, hemos fundado el sistema de clasificación, y les choca cuando no pueden colocar el animal tal ó el ave cual en una de las especies que en general han formado.

El flamenco representa el tipo original de una familia con caracteres propios que difícilmente se puede comparar con otra.

Estableciendo comparaciones, como se debe hacer en la ciencia de la Historia natural, y teniendo en consideración todas las particularidades de esta ave, se llegará seguramente á la conclusión de que el fla-

menco es una ave acuática, nadadora y en realidad de las de pico dentado. Como tal le caracterizan no sólo las membranas de los palmípedas, sino también su cuerpo y cuello, varias partes de su esqueleto, su pico, la forma anatómica de su lengua, del tubo intestinal, del corazón y de los órganos respiratorios, la calidad de sus plumas y la forma de las alas y de la cola; de las aves zancudas sólo tiene los prolongados tarsos y la estatura.

También en su vida y costumbres pertenece el flamenco más á las aves dentadas que á las zancudas, como garzas, cigüeñas y otras.

El flamenco posee una figura tan rara que basta haberle visto una sola vez para no olvidarle nunca. Su cuerpo de cisne descansa sobre unas patas muy largas, y su cuello muy largo y muy delgado termina en una cabeza bastante grande para ser una ave palmípeda y adornada de un pico dentado de rarísima configuración. Parece una de esas cajas para rapé que se fabrican de ciertas conchas; el pico de abajo formaríala caja, el de arriba la tapa. Siendo al principio recto ese pico, á la mitad se inclina de repente hacia abajo, representando entonces una especie de gancho. Cual el pico de otras aves dentadas tiene el del flamenco dientes alrededor y alberga en la caja del pico inferior una lengua gorda y carnosa, como ninguna ave acuática ni otro pájaro alguno la posee. No usa su pico como las otras aves, sino al revés; es decir, que vuelve el pico de arriba hacia el fondo del agua, recogiendo por medio de él el fango de los estanques ó lagos con los insectos y moluscos que suele contener, lavándole en la caja del pico inferior y pasando por sus dientes alrededor del mismo, cual por una criba, el lodo y la arena recogidos y quedándose solamente con la parte alimenticia que contiene.

El plumaje del flamenco europeo (*Phoenicopterus antiquorum sive roseus*) es de color muy precioso; blanco con un tinte sonrosado el de todo el cuerpo, mientras las alas, lo mismo las plumas de encima que las de debajo, son de color rosa subido, con la excepción de las remeras de primero y segundo orden, que son negras como el carbón. El pico en la raíz es amarillo, en su centro de color carmín pálido, y negro en su punta. La mancha desnuda alrededor del ojo es de color rosa, el ojo mismo amarillo como el azufre y las patas de color de carmín.

El flamenco necesita haber cumplido dos años para que su plumaje se presente en toda la hermosura de sus colores.

El flamenco mide desde el pico á la cola 4 pies y de una punta de ala á la otra 5 pies y 5 pulgadas (antigua medida de París).

El flamenco americano (*Phoenicopterus ruber*) sólo se distingue del europeo por los colores más vivos de su plumaje y por su tamaño, que es algo menor que el del nuestro.

Los flamencos son propiamente aves tropicales, limitadas á los países cálidos. El Mediodía de Europa es el límite septentrional de la especie europea, y todos los flamencos que se han observado y hasta cazado en Alemania se deben mirar como ejemplares extraviados. Los lagos de España é Italia meridional, los bajos pantanosos de Grecia y de Crimea se ven habitados por los flamencos, que con regularidad crían en ellos. En mayor abundancia se encuentran éstos en las lagunas del Norte de Africa y en las del Asia meridional, adonde emigran todos los inviernos para pasar allí los meses fríos.

En Africa se les observa en todos los lagos de la costa, en América suben al Norte hasta la Florida y en Europa llegan en España hasta la desembocadura del Ebro; pero son más frecuentes en Andalucía, en particular en las marismas del río Guadalquivir. Allí, entre Sevilla y Sanlúcar de Barrameda, he visto yo levantarse delante de mí una bandada, que formaba una verdadera nube encarnada, que según mi cálculo contaba más de dos mil ejemplares. El año 1811 se presentó una bandada de flamencos en el Rin, cerca de Maguncia; más tarde unos pocos en Bamberg (Baviera); en Holanda y en la Gran Bretaña han aparecido de vez en cuando algunos; casi todos los años se les observa también en las bocas del Ródano, donde dicen naturalistas franceses que suele anidar alguna pareja de ellos.

Todos los observadores están conformes en que el flamenco vive siempre en bandadas en los sitios donde crían ó en los lagos donde pasan el invierno millares de estas aves. Dichas bandadas presentan desde cierta distancia el aspecto más delicioso que puede imaginarse; parecen regimientos de infantería inglesa.

La vista de millares de flamencos en un gran lago, formando filas unos detras de otros, brillando sus colores á los reflejos del sol espléndido del Mediodía y destacándose las filas encarnadas del verde de las



LOS PARLAMENTOS DE EUROPA. - PALACIO DE LA DIETA SUECA EN ESTOCKOLMO

cañas y del azul del agua, es para el naturalista y el cazador uno de los espectáculos más sorprendentes y atractivos.

Si las hermosas aves se creen seguras se las ve en continuo movimiento buscando su comida en el fango del agua; pero si presienten algún peligro, se quedan derechos como soldados y sin moverse hasta que el cazador se acerca. Entonces, mucho antes que la bala les pueda alcanzar, se levantan en pesado vuelo y se alejan á grandes distancias, que imposibilitan al hombre de perseguirles. Según mi parecer, la bandada que levanté en las marismas del Guadalquivir no se detendría hasta llegar á alguna laguna de la costa africana, porque cruzar allí el Mediterráneo es para el flamenco un paseo.

Los flamencos penetran en el agua hasta donde alcanzan sus largas patas, y en llegando á sitios más profundos aprovechan sus palmípedos para nadar. Quietos en la orilla y durmiendo presentan la figura más rara que puede imaginarse en un ave; doblan su largo y delgado cuello delante del pecho de tal manera, que la cabeza descansa en la espalda, entre los hombros, mientras todo el cuerpo se balancea sobre una sola pierna, teniendo el pájaro la otra encogida y extendida á lo largo hacia atrás.

Cuando se asusta extiende el flamenco todo su largo cuello y se pone derecho mirando á todos lados.

Cuando está pescando mete la cabeza en el agua hasta el fondo, remueve el fango con el pico superior y recoge con el inferior ó en la caja del mismo todo lo que le puede servir de alimento, en particular los insectos acuáticos y los moluscos que ha espantado de esa manera. Es muy curioso observar una bandada de flamencos entregados á tal operación. Por supuesto siempre ponen un centinela que vigila con mucho cuidado por la seguridad de los demás.

Para elevarse al espacio corren los flamencos un trecho por encima de la superficie del agua moviendo las alas hasta que han cogido el aire; una vez conseguido esto, suben á gran altura y vuelan bastante ligeros. Un flamenco volando, con las patas y el cuello estirado y las alas desplegadas, representa la figura de una cruz y no se parece á ningún otro pájaro.

La caza del flamenco ofrece muchas dificultades. Como es ave tan recelosa nunca se posa en un sitio donde pueda ser sorprendida; ó está pescando mar ó lago adentro, á bastante distancia de la orilla para que no pueda alcanzarle ningún proyectil de arma de caza, ó si se le persigue en bote no deja nunca arrimar tanto la lancha que su vida pueda correr algún peligro. De noche á la luz de la luna se consigue alguna vez matar á un flamenco, cuando se ha observado en días anteriores la dirección que la bandada suele tomar al ser espantada. Para ello es preciso que el cazador se oculte dentro de un toldo hecho de cañas y que otro espante la bandada.

Los árabes de Egipto llevaban á mi hermano cuantos flamencos quería; los cazaban en el lago de «Mensaleh», y según decían, de la manera siguiente: sabiendo dónde duermen esas aves, tienden los pescadores una larguísima red de pescar entre dos barcas y se

acercan muy de prisa á la bandada de los flamencos, que al levantarse asustados y aturridos por la obscuridad, se enredan con las patas en aquella.

Otra manera, según contaban dichos cazadores árabes, era que uno de ellos, el que nadaba mejor, se acercaba en lancha á los flamencos que dormían, se deslizaba del bote cuando ya se había aproximado bastante á las aves, y poniendo delante de él un montón de cañas ó hierbas se acercaba al centinela de la bandada, al *Tschausch*, como le llaman los árabes, y antes que éste advirtiera la proximidad del peligro, el otro ya le había agarrado del pescuezo y metídole en un decir amén debajo del agua ahogándolo. Mientras tanto llegaban los demás cazadores y cogían vivos á otros flamencos dormidos.

Los romanos en sus célebres banquetes miraban como bocado muy exquisito las lenguas de flamenco, y Heliogábalo mandaba á buscar flamencos en todos los países del dominio romano para proporcionarse aquel sabroso manjar.

Sobre la manera de empollar el flamenco sus huevos se han inventado muchas fábulas, y por uno de sus huevos pagaban todavía hace 15 ó 20 años 20 ó 25 pesetas los Museos zoológicos.

Hoy se pueden obtener en Sanlúcar de Barrameda todos los que se quieran, porque un hombre llamado el «Patero» trae cargas de huevos de flamenco desde las marismas á dicho pueblo, y los vende al precio de los huevos de gallina. Cuando yo visité, en compañía del difunto príncipe imperial de Austria archiduque Rodolfo, aquellas marismas, si encontráramos algún huevo de flamenco en un nido era señal de que el célebre «Patero» conociendo que estaba podrido, no se le había llevado. El nido mismo consistía en unos cuantos palitos forrados por encima con unas hojas secas.

DR. BREHM

LOS PARLAMENTOS DE EUROPA

VIII

SUECIA

El parlamento sueco ha existido en todo tiempo: Gustavo III, aquel á quien los habitantes del país dieron el sobrenombre de Rey Sol, le redujo durante algunos años, y hasta le suprimió; pero este monarca, poco liberal, fué muerto de un pistoletazo en 1792, hallándose en el teatro de la Opera de Estocolmo.

Por espacio de varios siglos el parlamento sueco se compuso de cuatro cámaras, que representaban la nobleza, el clero, la clase media y los campesinos. La primera es la que casi siempre dominaba, y permitíasele esto porque constituía la gloria del país cuando Suecia era un Estado poderoso y sus reyes triunfaban en los campos de batalla de Alemania, de Austria, de Rusia y de Polonia.

Cuando el hijo de Gustavo III, Gustavo Adolfo, fué destronado violentamente en 1809, lo cual le trastornó casi el juicio, la constitución sueca se mo-

dernizó un poco, disminuyendo considerablemente la autoridad peligrosa del rey; pero manteníanse las cuatro cámaras, donde la representación de la nobleza era hereditaria, como en Inglaterra.

Sin embargo, muy pronto se difundieron las nuevas ideas en Suecia; el país se desarrollaba intelectualmente, y en este siglo de liberalismo, de inventos y de progreso, aquel sistema de las cuatro cámaras llegó á ser intolerable desde el punto de vista político y práctico. Después de laboriosas discusiones y de una oposición categórica por parte de la nobleza, obtúvose al fin en 1866 una reforma de la representación nacional. Este es, por lo demás, el único acontecimiento notable que se ha producido en la vida política de Suecia en los tiempos modernos, y esta la única vez que los nombres de sus gobernantes llegaron á ser verdaderamente conocidos fuera del país. El padre de la reforma, según se le llamó, fué el barón Luis de Geev, perteneciente á una antigua familia de origen belga; nació en 1818, y después de una brillante carrera judicial y de numerosas excursiones en el campo de la literatura, bajo la forma de novelas históricas, fué nombrado en 1875 presidente del consejo, cargo que conservó hasta 1880. No existiendo la *izquierda* ni la *derecha* en la política sueca, apenas es posible dar nombre á su gabinete, y todo cuanto podemos decir de éste es que pertenecía al partido conservador, pero bastante moderado. Como quiera que sea, á Mr. de Geev se debe en gran parte la constitución actual, cuyo sistema vamos á exponer.

La forma de gobierno es la monarquía hereditaria con una Dieta, compuesta de dos cámaras; la *primera*, elegida por los consejos provinciales y municipales de las grandes ciudades; la *segunda*, elegida por sufragio de dos grados, por los electores contribuyentes. El rey tiene derecho de *veto* absoluto.

Los individuos de la primera se nombran por nueve años; en la actualidad cuéntanse 145, y no perciben ninguna indemnización. Esta cámara, muy aristocrática, comprende muchos condes y grandes hacendistas.

Los individuos de la segunda se eligen por tres años; su número asciende hoy día á 222, y perciben quince pesetas diarias como indemnización. En esa cámara hay muchos aldeanos, elegidos en la campiña, y no pocos comerciantes, abogados y letrados, elegidos en las ciudades.

La Dieta (*Riksdag*) se reúne todos los años en sesión ordinaria el 15 de enero; el rey puede convocarla en sesión extraordinaria, y en caso de enfermedad, ausencia ó defunción del monarca, la convoca el Consejo de Estado.

El rey tiene también derecho para disolver, bien sea las dos cámaras simultáneamente, ó una de ellas, durante las sesiones ordinarias; pudiendo suprimir las extraordinarias cuando lo juzgue oportuno.

La apertura de la Dieta se verifica, después del servicio religioso, con un discurso del rey ó de un ministro, en sesión solemne de las cámaras reunidas; y la clausura se anuncia también por el rey, después de dicho acto religioso. El presidente (*talman*) y el vicepresidente (*vicetalman*) son nombrados por el rey y elegidos para cada cámara entre los individuos que la componen.

La Dieta participa del derecho de iniciativa y del poder legislativo con el rey: el consentimiento del Senado es necesario para las leyes eclesiásticas; pero solamente las dos cámaras están autorizadas para fijar el presupuesto. Cuando con motivo de éste se suscita una diferencia, súmanse los votos de todos los miembros de ambas cámaras, y uno de ellos, sacado á la suerte después de votar la segunda, determina la mayoría en caso de empate. De este modo se evitan las situaciones tirantes y las crisis; pero naturalmente, la segunda cámara, teniendo la ventaja del número sobre la primera, obtiene á menudo el triunfo é impone los acuerdos dictados por su espíritu económico, debiéndose á ello que aleje de sí á la clase media y á la aristocracia, las cuales no saben siempre cuánto ha de trabajar el campesino sueco para ganarse el pan.

Hemos dicho antes que los individuos de la primera cámara eran elegidos por los Consejos provinciales y municipales de las ciudades de menos de 25.000 almas. Cada vez que hay una vacante ó que el rey ordena nuevas elecciones, los Consejos provinciales ó municipales reúnen en sesión extraordinaria, y cada uno elige un diputado por cada 30.000 habitantes comprendidos en su territorio.

Para ser elegible en la primera cámara es necesario tener treinta y cinco años, justificar que se ha pagado al gobierno desde hace tres una contribución de 1.100 pesetas por lo menos y pertenecer á la religión luterana.

En cuanto á la segunda cámara, es elector todo



DESPUÉS DEL OFICIO DE PONTIFICAL, cuadro de D. Ramón Tusquets

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA



MUSICO CALLEJERO, dibujo á la pluma de D. Antonio Fabrés

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA

sueco de veinticinco años de edad, domiciliado en el distrito y con derecho á votar en los asuntos generales. Además deben llenar una de las tres condiciones siguientes: 1.ª, tener la propiedad ó el usufructo de un inmueble, evaluado para el reparto de la contribución en 1.000 coronas cuando menos (1.380 pesetas); 2.ª, tener asegurado perpetuamente, ó por veinte años al menos, un inmueble agrícola evaluado en 6.000 coronas (8.280 pesetas); y 3.ª, pagar al Estado un impuesto, calculado sobre la renta anual, de al menos 800 coronas (1.104 pesetas).

Es elegible todo sueco luterano que disfrute desde un año antes de sus derechos de elector en uno de los distritos de su circunscripción electoral.

Así constituido, el *Riksdag* es un parlamento tranquilo, donde rara vez se producen esas escenas tumultuosas ni esas discusiones que tanto resuenan fuera del país en otras naciones. Los diarios de las sesiones rara vez ofrecen gran interés.

La segunda cámara actual fué elegida en 1888, y difiere notablemente de la que ha sustituido. La gran cuestión sobre la protección de los trigos griegos ha hecho decaer mucho á los librecambistas en las provincias. Los que protegen la agricultura nacional tienen mayoría en la primera cámara; pero no la tendrían seguramente en la segunda ni en la votación común si un incidente muy singular no hubiera sido causa de que los 21 librecambistas nombrados en Estocolmo fueran sustituidos por 21 proteccionistas. He aquí el caso, curioso de conocer desde el punto de vista de las reglas electorales de Suecia. Uno de los 21 librecambistas elegido por la capital se olvidó de pagar su impuesto, reducido á una veintena de pesetas, y por este descuido, no solamente su elección resultaba ilegal, sino también la de sus veinte colegas; por otra parte, no se podían hacer nuevas elecciones, y de este modo, los que habían alcanzado más votos después de los individuos invalidados llegaron á ser á su vez diputados. El parlamento perdió así varios hombres muy distinguidos, como por ejemplo M. Nordenskiöld, el gran viajero.

La segunda cámara cuenta entre sus individuos gran número de aldeanos, cuyo jefe era M. Ifvarson, que acaba de morir.

Entre los hombres notables de la primera cámara debemos citar ante todo al barón Luis de Geev, que fué presidente del Consejo, así como á los condes Posse y Themptander, y M. Lundberg, arzobispo de Suecia. El ministerio actual es proteccionista, aunque no agresivamente. Se le llama ministerio de los barones, porque de los diez individuos que le componen, seis tienen aquel título ó son condes.

El presidente del Consejo actual es el barón Johan Gustaf Nils Samuel Aakerhjelm, nacido en 1833, gran cruz de la orden de San Olaf y muy proteccionista. Al principio tuvo intención de reunir las funciones de presidente del Consejo y ministro de Estado; pero hubo de renunciar á ello ante las numerosas protestas que se produjeron.

En cuanto á lo que se llama en Suecia *Casa del Parlamento*, es antigua y no llama la atención desde el punto de vista decorativo; pero se prepara un magnífico palacio para recibir á los diputados; quiero decir que se piensa en ello, porque el edificio no está más que en proyecto. Sin embargo, poco importa la construcción del nuevo palacio; lo esencial es que en él se haga algo bueno, y hasta casi nos inclináramos á creer que de los antiguos edificios es de donde salen las mejores leyes.

X.

LOS POLVOS

Para la generalidad de las gentes, polvos y afeites significan cosas análogas; y sin embargo, aun cuando hay algo común á unos y otros, en el fondo son enteramente distintos. Cuando queremos decidirnos por el empleo de algo, hemos de ver ante todo los efectos que este algo pueda producir y el objeto que con él nos proponemos alcanzar, y una vez considerado esto, no ha de ser difícil resolver en la elección entre las innumerables clases de polvos y afeites existentes.

Los polvos están destinados á proteger la piel ligeramente inflamada y á secar las secreciones líquidas ó grasientas que en aquélla se presentan: para esto sirven mejor que otros los polvos vegetales. De los afeites se usa para colorear la piel, bien con el propósito de mostrar lo que no se tiene, bien con el objeto de cubrir lo que no se quiere mostrar. A estos fines se usan las substancias minerales, en su mayoría de ningún modo inofensivas y algunas de ellas sumamente tóxicas.

La delicada piel del rostro y de las manos vuelven en algunas personas fácilmente áspera y á menudo

se corta cuando después de lavada se la expone al aire, lo cual depende menos de la calidad de la piel que de la excesiva finura de la toalla que ha servido para secarla. Una toalla es tanto mejor cuanto más rústica, pues sólo así puede secarse bien la piel y lograrse aquella sensación agradable de calor y de bienestar que el acto de lavarse proporciona. Las toallas finas generalmente usadas no sirven para el caso, puesto que se mojan pronto y no pueden, por ende, hacer desaparecer la humedad de la cara y de las manos: esta humedad que queda en la piel es la causa de las grietas que en ésta se producen apenas se la pone en contacto con el aire. Lo mejor y más natural sería desterrar el uso de esas toallas deficientes y acudir á las que llenan perfectamente su cometido; pero la mayor parte de las señoras prefieren apelar á los polvos, ya porque no quieren examinar bien el fondo de las cosas, ya porque creen que el uso de una toalla ordinaria les haría perder algo de la finura de su cutis, ya también porque la presencia de una caja de polvos y de una toalla de delicada tela adornan mejor un tocador que un paño de basto tejido.

Otra cosa conduce asimismo fácilmente al empleo de los polvos, y es el barniz grasiento que durante el verano cubre la nariz, las mejillas y la frente: entonces el rostro adquiere aquel color pálido tirando á amarillo y aquella brillantez que son la desesperación de las muchachas.

De todos los polvos los que mejor absorben la humedad son los vegetales, que además mitigan el escozor de las irritaciones, alisan la piel y una vez secos se desprenden fácilmente al más ligero roce.

Los polvos más generalmente empleados son las féculas de patata, de trigo, de arroz, de judías, etcétera, á las que se agregan algunos polvos aromáticos para darles un olor agradable; pero hay que tener en cuenta que lo que suele comprarse como fécula de arroz las más de las veces de todo tiene menos de arroz y de fécula. La palabra polvos de arroz ha llegado á ser una denominación genérica bajo la cual se venden polvos que á sus elementos vegetales unen otros pertenecientes á la clase de los afeites, como el talco, la greda y demás similares; y esta denominación no se debe á la casualidad, sino que indica claramente que la mayor parte de las que gastan polvos no se contentan con la propiedad especial que tienen los polvos secantes, sino que quieren algo más, quieren matar dos pájaros de un tiro; es decir, secarse la piel y sobre todo ocultar el color amarillento de la misma y dar á ésta mayor belleza; en una palabra, convierten los polvos en afeite. Los polvos vegetales apenas sirven como afeite, porque por una parte disimulan y colorean muy poco y por otra se desprenden con facilidad suma.

Los polvos tienen mayor importancia desde el punto de vista terapéutico: se emplean mucho para tratar las enfermedades de la piel en el modo indicado, es decir, para suavizar las irritaciones de toda clase, y aun en un uso prolongado son mucho más inofensivos que los afeites.

DR. E. CLASEN, de Hamburgo

(Del *Schorerfamilienblatt*.)

PROTEGER la epidermis contra las influencias perniciosas de la atmósfera, devolver ó conservar juventud, frescura y aterciopelado, tales son las ventajas de la CREMA SIMÓN, *cold-cream* especial, *tónico*, *calmante* y deliciosamente perfumado; su acción seria y benéfica es tan rápida y tan evidente que nadie la ha ensayado sin reconocer su superioridad. En casa del inventor, *rue de Provence, 36, París*, y en casa de los farmacéuticos y perfumistas. Evitar las sustituciones.

NUESTROS GRABADOS

El maestro Pedro Mascagni, autor de la ópera *Cavalleria rusticana*.—El joven compositor cuya ópera han aplaudido tantos públicos nació en Liorno en 1863. Su padre, panadero de oficio, quiso que fuera abogado; pero él, que tenía el instinto de la música, en vez de concurrir á las aulas universitarias, acudía al Instituto musical del maestro Soffredini, en donde aprendía armonía, composición y contrapunto.

De niño tenía hermosa voz de contralto y á los 10 años había compuesto un *Kirie* á tres voces. Compadecido de las torturas que para su alma de artista eran los cursos académicos, en donde á regañadientes tenía que olvidar por el griego y por el latín sus estudios predilectos, un tío suyo hizo cargo de él, y proporcionándole grato alojamiento dejóle en libertad de entregarse á su pasión por la música. En 1881 fué Mascagni á Milán, á cuya Exposición Universal había enviado tres composiciones, una de ellas dedicada á Ponchielli, obteniendo otras tantas menciones honoríficas.

De regreso á su ciudad natal puso en música *Alegria*, de Schiller, que le valió aplausos y dinero. Al poco tiempo, el conde Florestán de Larderel envióle de nuevo á Milán para que estudiara en aquel conservatorio, en donde recibió lecciones de eximios maestros, entre ellos de Saladino, que fué para él un verdadero padre; pero ardiendo en deseos de hacer algo más positivo, se contrató en una compañía de ópera, con la cual visitó Cremona, Piacenza, Reggio y Parma: en esta última ciudad escribió su primera partitura.

Disuelta la compañía en Bolonia en 1885, regresó Mascagni

á Liorno, pero deseando no ser gravoso á su padre, partió para Nápoles, en donde fué contratado como maestro de una compañía de ópera, y en calidad de tal comenzó su vida errante hasta que, tras mil peripecias, se encontró en Ascoli Piceno sin contrata y sin recursos: entonces compuso algunos fragmentos de una ópera titulada *Ratcliff*. En Nápoles, en donde se disolvió la compañía de que había entrado á formar parte, cayó gravemente enfermo, siendo solícitamente atendido en esta ocasión por una bondadosa joven, con la que contrajo matrimonio á poco de restablecido y á la que hoy paga sus cuidados y su cariño con un amor intenso y una gratitud sin límites.

Después de nuevas peregrinaciones halló relativa tranquilidad en Cerignole, cuyo Ayuntamiento le nombró director de la banda municipal.

En aquella sazón llegó á su noticia el concurso abierto por la casa editorial de música de Eduardo Sonzogno, de Milán, y no sin trabajos pudo hacerse con un libreto que, tomado de una colección de escenas populares de G. Verga, dió pie á Mascagni para escribir la *Cavalleria rusticana*. Esta mereció el ansiado premio entre las 73 óperas que se presentaron al examen del jurado, compuesto de eminentes maestros, y fué representada con éxito extraordinario en Roma en mayo del año pasado. Inmediatamente púsose en escena en Liorno, patria de su autor, y en Florencia, y tal fué el entusiasmo que en todas partes despertaba, que el nombre de Mascagni se hizo popular, no sólo en Italia, sino en el extranjero, y su ópera recorrió en breve tiempo los teatros de Turín, Ancona, Verona, Pest, Praga, Hamburgo y Madrid. En la actualidad se está cantando con gran aplauso en la Scala de Milán, desempeñando los principales papeles la señora Pantaleoni y el tenor Valero, ventajosamente conocidos ambos del público de Barcelona, que es de esperar no tardará en conocer la creación del celebrado compositor liornés.

El grabado que después del retrato de Mascagni publicamos representa á Valero y á la Pantaleoni en una de las escenas más culminantes de *Cavalleria rusticana*, y los dos grabados sueltos, á la distinguida tiple y al eminente tenor con los trajes de dicha ópera.

Después del oficio de pontifical, cuadro de D. Ramón Tusquets.—De la colonia artística española establecida en Roma, es sin disputa una de las principales personalidades la de nuestro celebrado paisano D. Ramón Tusquets. Su nombre es universalmente conocido y sus obras son con empeño solicitadas, porque en todas ellas se refleja el alma de un verdadero artista de imaginación potente y de espíritu de observación profundo, grande en su modo de componer, cuidadoso en la manera de ejecutar, diestro en la combinación de las figuras y accesorios, atento á la verdad histórica, estudioso como el que más de la indumentaria, y por encima de todo esto, dotado de un sentimiento que al traducirse en líneas y en manchas de color presta á todos los elementos de sus cuadros toda la expresión y todo el valor que el verdadero concepto del arte exige en las producciones del pincel salidas.

Las relevantes cualidades antedichas tienen su más elocuente confirmación en el cuadro que reproducimos y que representa á un cardenal saliendo del templo después de celebrar el oficio de pontifical, seguido del cortejo que á su alta categoría es debido y contemplado por la multitud con esa mezcla de respeto y curiosidad que la presencia de tan alto dignatario despierta siempre en la ciudad eterna.

Músico callejero, dibujo á la pluma de don Antonio Fabrés.—Son tantas las ocasiones que hemos tenido de ensalzar cual se merece á nuestro distinguido paisano y asiduo colaborador de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que cada vez que publicamos alguna obra suya nos hallamos verdaderamente perplejos ante la alternativa de aparecer fríos en nuestros juicios ó de incurrir en forzosas repeticiones, si hemos de dar á nuestro parecer todo el calor que la admiración por los trabajos de Fabrés despierta en nosotros, que en este punto no somos más que eco de la opinión unánime de aficionados y artistas. Pero al propio tiempo que perplejos, nos sentimos satisfechos al ver que cada nuevo dibujo, cada nuevo cuadro que de él reproducimos viene á ser una demostración más de la justicia de nuestros elogios á los anteriores prodigados.

Véase, en prueba de ello, el *Músico callejero*, ese hermoso dibujo que más que de estudio de figura merece el calificativo de estudio de un carácter y aun de una raza, tan acabado bajo el primer concepto como bien concebido y perfectamente ejecutado desde el segundo punto de vista. Fabrés, cuyos lápiz, pluma ó pincel trazan en el papel ó en el lienzo líneas y sombras de corrección irreprochable, se ha penetrado como pocos del modo de ser y de sentir de los pueblos orientales, y de ahí que sus tipos árabes se ofrezcan á nuestros ojos con toda la verdad que imprimen en sus obras los que antes de estudiar la parte externa del modelo se han empapado en el elemento interno, dando al concepto psicológico toda la importancia que las buenas escuelas han con razón exigido en las obras artísticas.

Málaga. Puerta del Sagrario. Catedral.—Entre los edificios públicos de Málaga descuella la hermosa catedral cuyos planos se atribuyen, y así lo consignan varios historiadores, al celebre Diego de Siloe que, según se cree, fué de los primeros que introdujeron en España la arquitectura greco-romana. Muchas son las maravillas que en su interior contiene este templo, consagrado en 31 de Agosto de 1588, entre ellas la famosa sillería del coro debida á Alonso Cano, y no pocas las que se admiran en su exterior, sobre todo en la fachada principal, de ornamentación rica y elegante; pero ni de unas ni de otras hemos de ocuparnos en este lugar y si únicamente de la magnífica puerta llamada del Sagrario. Servía ésta de ingreso á la iglesia de su nombre, que hoy forma parte de la catedral, y fué construída por orden del obispo D. Diego Ramírez, habiéndose terminado en el siglo XVI durante el obispado de don César Riario, sucesor del dicho prelado.

Cuanto dijéramos ensalzando esa obra primorosa del estilo gótico habría de resultar pálido al lado de la realidad, de la que permite formarse idea la reproducción fotográfica que publicamos. No falta en esta puerta uno solo de los elementos que constituyen la belleza en los trabajos de arquitectura: pureza y finura en las líneas, esbeltez en las proporciones, distribución intachable de los espacios, riqueza y elegancia en la ornamentación, prolijidad, y delicadeza y gusto exquisitos en las labores, y en suma armonía, perfecta entre todas las partes principales y accesorias, que juntas componen la estética arquitectónica.

JABON REAL VIOLET JABON
DETHRIDACE 29, B^o des Italiens, Paris VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para la Higiene de la Piel y Belleza del Color



IMPOSIBLE!

NOVELA ORIGINAL DE DON FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

No la seguiré yo en este momento. La mirada del hombre, ha dicho no sé quién, debe ser discreta y respetuosa en ciertos instantes; la pelusa del melocotón, el polvillo de la ciruela, el radiante cristal de la nieve, el ala de la mariposa polvoreada de oro, son objetos groseros si se comparan con la castidad de una joven que ni aun sabe que es casta.

Contemplar en este caso es profanar.

Ignoro si la princesa Elena durmió aquella noche. Esperó con impaciencia durante las primeras horas de la mañana. Había citado á Mlle. Brian á las diez, porque á esta hora su aya tenía costumbre de ir á misa á la cercana iglesia de San Isaac, y la princesa deseaba hallarse á solas con la modista.

No se la ocultaba que el proceder de ésta y el suyo propio no eran completamente irreprochables, porque al cabo iban á violar un secreto ajeno, por más que en esto no se siguiese perjuicio á nadie y existiese una vaga esperanza de remediar un infortunio de corazón.

Momentos después de las diez y de haber salido el aya para cumplir su piadosa costumbre, la doncella de la princesa anunció á Mlle. Brian.

Elena la recibió en su habitación.

VII

— Ciertamente, Mlle., dijo la princesa haciendo sentar á su lado á la modista, os habéis desmejorado en pocos días; se os conocen los malos ratos.

Mlle. Brian suspiró.

— ¿Cómo sigue el herido?

— Bien, señora princesa; ha pasado una noche muy tranquila.

— Deseaba que hablásemos, repuso Elena bajando los ojos, porque me parece que conozco á ese joven.

— ¿Le conocéis?

— Sí, creo haberle visto algunas veces en Madrid.

— ¡En España! ¡Oh! Señora princesa, entonces mis sospechas son fundadas: ese joven se refiere á vos en su carta.

— ¿Creéis eso, Mlle.?

— ¡Ah! Sí, los indicios son claros: la persona á que Mr. Marcial alude ha estado en Madrid, es joven y hermosa como vos y lleva vuestro mismo nombre.

— ¡Quién sabe!, dijo la princesa con pudorosa hipocresía. Hay coincidencias extrañas.

— Creo no equivocarme, repuso la modista exhalando un segundo suspiro. En fin, vais á juzgar por vos misma.

Y sacando del bolsillo de su vestido una cartera pequeña y de la cartera un papel, le desdobló, presentándosele á la princesa.

— Esto es una copia de la carta de Mr. Marcial. La he hecho como una especie de antídoto contra el amor que comenzaba á sentir hacia ese joven.

La princesa tomó el papel con mano trémula.

— Como ya os he dicho, añadió la modista, la carta de Mr. Marcial está sin acabar, sin duda por causa de su malhadado accidente. Más que carta parece el relato de un corazón que tiende á desahogarse.

— Es posible.

— Leed, señora princesa, ó más bien, permitidme que yo lea. Comprenderéis hasta qué punto está enamorado Mr. Marcial. ¡Oh! Si sois vos el objeto de su amor, debéis estar orgullosa de la pasión que habéis inspirado. No podéis figuraros los obstáculos que ha tenido que vencer y las contrariedades que ha sufrido ese pobre joven. Ultimamente he sabido que para efectuar su viaje á Rusia en pos de su amada, se ha visto precisado á deshacerse de prendas y recuerdos de familia muy preciosos para él.

La princesa sintió asomarse las lágrimas á sus ojos.

Mlle. Brian, que había tomado el papel de manos de la princesa, leyó:

VIII

«San Petersburgo 14 de noviembre.

»Carlos, mi querido Carlos: Te escribo un poco más animado. No obstante la esperanza de verla más ó menos tarde, puesto que los periódicos habían anunciado su regreso, creo que á haberse prolongado su ausencia un mes más mi muerte era segura. Juzga de mi desesperación sin ella, en este clima triste y nebuloso, en esta ciudad en donde estoy perdido como un átomo helado. Mas al aparecer ella, brilla para mí el sol con un esplendor meridional, ilumina por el fiat lux de mi corazón.

»No quiero hablarte de mis trabajos y pequeñas miserias en esta carta; sería profanarla. Sólo te diré que estoy estudiando el idioma ruso con encarnizamiento, pues de esto depende en gran parte el que yo pueda tomar pie aquí. Ahora me siento otro y no tengo frío sino cuando veo tiritar á mi pobre Bernardo. Comprendo la insensibilidad de los mártires en medio de los tormentos, absorto en el pensamiento del cielo; pues del mismo modo yo, cuando la veo, me elevo á un ideal divino, sobreponiéndome á las sensaciones materiales.

»¡Si supieras cuánto he gozado la primera vez que la vi!

»Sabía que había regresado á San Petersburgo. Incesante rondador de su palacio, porque vive en un palacio precioso, ¡dónde había de vivir!, espíe la animación de aquella morada, las idas y venidas de los criados, las faenas de los jardineros que arrancaban las hierbas parásitas en la estufa del parque y limpiaban las estufas. ¡Aquí está!, me dije con el corazón palpitante de alegría, y esperaba verla aparecer como una estrella después de un inmenso nublado.

»Así esperé dos días, dos días de mortal impaciencia, hasta que por fin... Pero no quiero anticiparte mi felicidad; gozo al recordarla y al transmitírtela. ¡Qué noche querido Carlos, tan llena de vida y de emociones! En la pasión del juego debe haber cosas parecidas á las que yo sentí en aquella noche eterna en mi memoria.

»Fuí por primera vez al teatro Imperial y quedé deslumbrado al aspecto de aquella sala magnífica. Pero en medio del arrobamiento que embriagaba mis sentidos, me asaltaron crueles ideas... Al ver reunidos en aquel sitio los favoritos del nacimiento y de la fortuna, sentí toda mi pequeñez; comprendí la inmensa distancia que de ellos me separa. Un profundo abatimiento se apoderó de mí. ¡Ah!, pensaba yo, ¿qué es la vida humilde? ¿Cómo podré romper la valla que me separa de ese mundo? Y en medio de estas dolorosas reflexiones, la imagen de Elena, de Elena que vive entre esos privilegiados de la sociedad, se me representó para aumentar mi tristeza y desaliento... Si al menos la viese... Ella debe de venir aquí, ese mundo es el suyo, el suyo. ¿Y por qué? ¿Por qué

no ha nacido pobre como yo? Entonces..., pero no; prefiero que no sea mía nunca. Ella debe vivir dichosa, elevada sobre las demás. No debe oír más que suaves y poéticas palabras, no debe pensar en los innobles cuidados de la vida. ¿No puedo elevarme hasta ella? Pues bien: la amaré de lejos y en silencio. Seré feliz con su dicha, gozaré viéndola admirada por todos; reconcentraré en ella todos los amores que los demás sienten hacia su familia, y seré feliz si alguna vez recompensa mi pasión con una de sus miradas, de aquellas dulces miradas.

»Alzase el telón: cien voces unidas á otros tantos instrumentos inundan el teatro en torrentes de armonía... Luego aparece una mujer. ¡Dios mío! Es Elena; sí, aquel es su talle, su blanco seno, sus manos más blancas aún. Mas ¡ay! No, no es ella... Elena es más joven, más hermosa: en su semblante infantil no se marcan las huellas de los dolores y del cansancio como en el de esa mujer bella y pálida... Y sin embargo, ¡se parece tanto á Elena!... De sus labios se exhalan dulces y melódicos cantos; sus ojos lánguidos de ternura expresan el ruego, su voz modulada armoniosas palabras; llama á su amado con la arrebatadora elocuencia de la pasión.

»¡Oh! ¡Frezzolini!

»Pero ¡Dios mío! ¿qué veo? ¿Qué objeto puede distraer mi atención y hacerme apartar los ojos de aquella mujer? ¡Ay! Elena se presenta en un palco próximo á la escena; Elena... Sus cabellos sirven de divino marco á su frente; sobre su seno, oculto bajo el blanco moaré del vestido, se ostenta un ramo de flores, menos fragantes que sus labios entreabiertos; la paz de la inocencia, la majestad del nacimiento y la hermosura brillan en su sereno rostro; sus ojos, suaves como la vida dichosa, revelan inefables promesas de amor; sonrío primero, como aceptando el homenaje de admiración que la rinden todas las miradas fijas en ella, y luego, absorta en el espectáculo, oye aquellos cantos admirables, que ella solamente puede comprender.

»¿Cómo podré expresar lo que he gozado? Escuchaba con la mayor atención aquella deliciosa armo-



nía, aquel magnífico poema, grande y magnífico, no obstante ser obra del talento solamente, en el que para nada interviene el verdadero sentimiento.

»Hay en *Hernani* tanta grandeza, figuras tan colosales y tan tremendas peripecias, que arrebatan la mente á otra época, á otras ideas, á otros sentimientos.

»Miraba á Elena y á la escena al mismo tiempo.

Un vértigo indescriptible se apoderó de mí;... todo se confundió ante mis ojos... Las mil facetas de los diamantes de las señoras se multiplicaron como estrellas,... y no sé por qué fenómeno psicológico recordé las caricias de mi padre y todos los más leves acontecimientos de mi niñez.

»Al día siguiente volví a ver a Elena en el muelle de los Ingleses, acompañada de su padre. Es imposible que no intervenga ella en la elección de sus carruajes y de sus caballos, porque nada he visto comparable a aquel elegante tren. La severa riqueza de las libreas, lo bien casado de los colores, la belleza del tronco, que conducido por un hábil cochero arrastraba *pausada y aristocráticamente* el landó, formaban un perfecto conjunto, en el que adivino el exquisito gusto de Elena. Al ver aquel carruaje atravesar elegante y deslumbrador entre tantos otros, eclipsándolos a todos, sentí un movimiento de orgullo y de felicidad, y gocé en el triunfo de la que quisiera ver elevada sobre todo el mundo.

»Elena está hermosa en todas partes. No obstante, la encuentro aquí aun más bella que jugueteando en el Retiro de Madrid. En esta *atmósfera oscura* se destaca más la láctea blancura de su tez. Las pieles la sientan admirablemente: hay algo de soberano en su belleza.

»No te burles de mí, mi buen Carlos. Estoy loco. Mi pobre alma vuela en pos de ilusorios devaneos, de goces que sólo brinda el cielo al triste corazón que nunca debe alcanzarlos. La felicidad humana tiene un límite; de otro modo el mundo no fuera un valle de lágrimas, y los amantes serían los privilegiados de la tierra. Al hacer estas dolorosas reflexiones siento accesos de desesperación contra esa potencia caprichosa y cruel que nos hace entrever la dicha apartándola de nosotros. Algunas veces me acuso de cobarde, me propongo acercarme a Elena, hacerla comprender y participar mi amor; y si me rechaza, si desprecia los tesoros de ternura que encierro en mi corazón y que ninguno de cuantos la rodean puede ofrecerla... entonces... ¡oh! pienso en la muerte, único asilo del que pierde la esperanza. ¡Pero morir, abandonar el mundo, donde pueden gozarse tantas delicias, y en el que, por un contraste horrible, son más desgraciados aquellos que mejor comprenden su hermosura!

Ama y serás amado, dice un poeta árabe: yo lo creo así, y esto es mi mayor tormento. Sí, yo creo que Elena no podría resistir a la *transmisión* de mi amor; y sin embargo, no puede, no debe ser mía; media entre ambos un obstáculo superior a su mismo desdén...»

IX

La modista cesó de leer y dijo:

—Aquí acaba la carta, ó mejor dicho, no acaba; pues como veis, está interrumpida. Pero ¡Dios mío! ¿Qué es eso? ¿Lloráis, señora princesa?

—Sí, contestó ésta enjugándose los ojos con su pañuelo; no he podido sobreponerme a mi emoción. A qué ocultárselo: ese joven se refiere a mí en su carta.

—¡Ah! No me engañaba.

—Le conocí en Madrid: no me ha hablado nunca, pero sé que me ama.

—¡Y con qué amor, señora princesa! Ya no extraño su desdén hacia mí.

La princesa contó a Mlle. Brian los paseos del Retiro, el incidente de su caída el día en que Marcial la llevó en brazos hasta su coche, la noche que le vió en el vestíbulo del teatro y sus sospechas é inquietudes respecto al duelo.

—¿Y qué vais a hacer, señora princesa?, preguntó la modista. Ese joven os ama hasta el extremo de morir por causa vuestra.

—¿Lo sé yo acaso? ¿Puedo remediarlo?

—¿Mr. Marcial os interesa?

La princesa no respondió.

—La pregunta es ociosa, repuso Mlle. Brian, esas lágrimas son la mejor respuesta.

—Y aun cuando me interesara, aunque le amase, ¿qué me es dado hacer por él?

—Lo que yo haría en vuestro lugar.

—¡Ah, Mlle.!

—Mr. Marcial, aunque pobre, es de buena familia.

—¿Basta eso por ventura? ¡Oh! No comprendéis las preocupaciones de nuestra clase.

—Perdonad, señora princesa, interrumpió la modista, sintiéndose ofendida en sus ínfulas nobiliarias. Creo que conocéis algunos antecedentes míos.

—Esto no es Francia, querida Mlle. Brian. En Francia se prescinde de ciertas cualidades cuando las suplen la distinción ó el talento. Ese joven es un

desconocido, y mi padre sólo piensa en enlazarme a un hombre de alta posición social.

—Ninguno vale tanto como Mr. Marcial.

—Es posible. Esa carta ha acabado de dármele a conocer. ¡Ah! Siento haberla oído leer.

Y nuevas lágrimas corrieron por las mejillas de Elena.

La modista iba a hablar; pero el ruido de un *portier* que se abría y la presencia del aya de la princesa pusieron fin al diálogo de ambas jóvenes.

La princesa llevóse el pañuelo a los ojos para enjugarse las lágrimas.

Afortunadamente el aya era muy corta de vista.

PARTE TERCERA

I

¿Qué tiene la princesita Lodiski? ¿Por qué está tan pálida y tan triste?

¿Padece alguna enfermedad?

¿Por qué siendo tan entusiasta por la música va tan raras veces a la ópera y se retira tan pronto del teatro?

¿Estará enamorada? Su primo, el barón de Ignatief, no obstante su fatuidad, se queja de sus desdenes.

La princesa es nerviosa: influirá en ella el tiempo espantoso que hace. El Neva se ha helado con tal consistencia, que podría sostener sobre su superficie la catedral de Kazán.

Estas y otras frases referentes a la princesa, añadidas y comentadas de mil modos, dejábanse oír en los círculos elegantes de San Petersburgo.

El príncipe Lodiski pensaba también:

«¿Qué tendrá mi hija?»

Y todos se admiraban de la rápida mutación de carácter de la princesa: antes tan risueña, tan expansiva; al presente tan ensimismada, tan retraída, tan deseosa de soledad.

Un día la princesa, a quien su padre observaba con inquietud, acariciando sus blancas y pálidas manos, dijo:

—Papá, yo quisiera aprender el inglés, porque este idioma va siendo indispensable en sociedad.

—No veo inconveniente en ello, contestó el príncipe, satisfecho al ver salir a su hija de su triste retraimiento. Haré avisar a un profesor.

—Mi modista, Mlle. Brian, me ha recomendado uno muy inteligente, repuso la princesa bajando los ojos.

—Sea, pues, el recomendado de Mlle. Brian, dijo el príncipe. Oíale puede ir a avisarle cuando quieras comenzar tus lecciones.

Al día siguiente el mayordomo del príncipe se presentó en casa de Marcial, que estaba ya completamente restablecido de su herida, y le transmitió el deseo de la princesa en nombre de su padre.

Si Marcial hubiera podido ponerse más pálido de lo que estaba por su pasada dolencia, creyérale el mayordomo atacado de un grave accidente. Aquella inesperada misiva le aturdió hasta el punto de privarle del uso de la palabra.

Por fin se repuso un tanto y dijo:

—Mañana a la una, puesto que es la hora señalada por él, tendré el honor de ver al señor príncipe Lodiski.

El mayordomo, algo sorprendido de tan seca respuesta, saludó y salió.

II

La carta de Marcial, aquella carta que revelaba, no sólo a un amante, sino a un poeta, acabó de vencer el corazón de Elena, tan predispuesto en favor de aquél desde que le conoció en el Retiro. Tenía que ser así. Prescindiendo de la misteriosa atracción que acerca el uno al otro a los amantes predestinados, hay pocos corazones femeninos noblemente organizados que resistan a la influencia de la pasión que inspiran, cuando está aquilatada por el sacrificio y la abnegación.

En este punto, preciso es confesarlo, la mujer es superior al hombre, pues siente mejor la gratitud y la compasión. Acaso en este sentimiento interviene el amor propio; tal vez al corresponder al amor del hombre que la adora, recompensa la mujer lo *acertado* de la elección; pero lo cierto es que la perfidia y la volubilidad son defectos casi exclusivos del hombre.

Elena quiso luchar contra su amor, pues harto comprendía los obstáculos que a él se oponían, pero mujer y casi niña, y *niña mimada*, no acostumbrada a la contrariedad ni al sufrimiento, se dejó vencer al cabo por el atractivo de la pasión que inspiraba y que sentía.

Cuando una joven de alma generosa, como la princesa, fija su elección en un amante sin fortuna, le ama doblemente, y su pasión tiene algo de maternal. Así es que Elena, en sus largas cavilaciones, pensaba en la triste suerte de Marcial, precisado a trabajar de un modo tan ajeno a su noble y altivo carácter, y se decía que ella podía darle, no sólo su amor tan anhelado por él, sino que también los goces de la vida, necesarios a su delicada organización.

Otra cosa la preocupaba: las últimas palabras de la carta de Marcial. «Sí, decía éste. Yo creo que Elena no podría resistir a la transmisión de mi amor, y sin embargo, no puede, no debe ser mía: media entre ambos un obstáculo superior a su mismo desdén.»

¿A qué obstáculo se refería? Según Mlle. Brian, Marcial era soltero y dueño de sus acciones; amaba con delirio y lo había probado abandonando su patria y sacrificando objetos gratos a su corazón, y no obstante, aquel obstáculo superaba, en la apreciación del enamorado joven, aun al desdén de su amada... Esto era incomprensible, y por eso la princesa se pasaba largos ratos absorta en hondas meditaciones, hasta que se decidió a salir de tanta incertidumbre, poniendo a su vez en práctica el mismo medio de que se había valido Mlle. Brian.

Mandó, pues, a casa de Marcial al mayordomo de su padre, y enterada por él del resultado de su misiva, esperó el día siguiente con esa profunda inquietud que sólo pueden comprender las almas enamoradas.

III

¿Qué pasaba entretanto en el corazón de Marcial?

El pobre joven hallábase en un estado próximo al idiotismo. Hacía un buen rato que había recibido el recado del príncipe Lodiski, y aún permanecía sumido en un estupor visionario, en el que creía oír todavía la voz del mayordomo, pero muy lejana, como si saliese del fondo de una caverna.

«¿Soy yo quien he recibido ese recado?, se preguntaba mentalmente. ¿Es a mí a quien manda llamar la princesa? ¿Puedo ir a su casa, verla de cerca, hablar con ella?» Y cuando la verdad, sobreponiéndose a sus lucubraciones, le contestaba afirmativamente, sonreía de un modo extraño; porque su pensamiento, plácidamente lógico, hacía comprender la realidad tan claramente como si no se tratase de él y sí de otra persona cualquiera.

«La princesa ha comprendido la inmensidad de mi amor; acaso lo comprendió desde el primer día en que mis ojos la miraron en el Retiro, y presintiendo que no puedo vivir sin ella, quiere dar consuelo a mi corazón. Esto es natural y lógico en el noble carácter de la princesa, pensaba Marcial. Pero ¡Dios mío!, esto es más de lo que yo podía esperar, va a ser tan grande esta dicha que no podré soportarla.»

Y el pobre joven, como ya he dicho, sonreía.

Pero su semblante volvía a tomar su habitual expresión de melancolía, como si una idea triste desvaneciese sus plácidos pensamientos. Entonces paseaba por la habitación a grandes pasos, murmurando esta palabra:

«¡Imposible!»

Luego abrió una gabeta, sacó de ella una caja de madera llena de papeles y de entre éstos una carta metida en un sobre roto.

Sacó la carta, la leyó muy lentamente, y al terminar, las lágrimas corrían por sus mejillas.

«¡Imposible!» volvió a decir, y apoyando el brazo en la abierta gabeta y la cabeza en la palma de la mano, permaneció así mucho tiempo...

Al día siguiente a las diez de la mañana Marcial salía de su casa.

Parecía tranquilo, aunque preocupado; observábase en su semblante la expresión del que ha tomado una resolución que no deja lugar a la incertidumbre.

Efectivamente era así, y voy a formular en palabras sus pensamientos.

«Sí, se decía Marcial por la centésima vez, me acercaré a Elena, no hay ningún mal en ello, y sí por el contrario una felicidad que me volverá la vida, que ya me abandonaba. La veré todos los días, oíré su voz, viviré durante una hora donde ella vive, y cuando me separe de ella, estos dulces recuerdos llenarán mi corazón. ¿Por ventura se necesita más para ser dichoso? ¿No me basta saber que ella se interesa por mí?... Porque indudablemente esto no ha sido casual, podía haber elegido otro maestro... Pero ¿cómo se ha informado de mí? ¿Por qué medio ha sabido mi casa?»

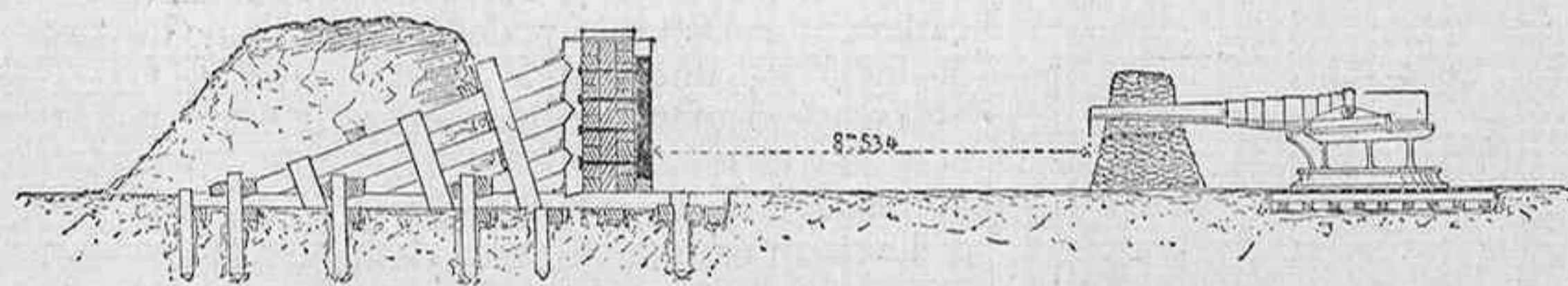
Marcial se había hecho muchas veces esta misma pregunta, porque Mlle. Brian, obediendo a una advertencia terminante de la princesa, no le había hablado de sus relaciones con ésta.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS PRUEBAS DEL POLÍGONO DE ANNÁPOLIS

Conocida es la lucha encarnizada que se ha entablado entre el cañón y la coraza desde la época en que se han aplicado los blindajes defensivos á las construcciones navales, lucha en que la ventaja está, al parecer, de parte del cañón, cuya potencia de penetración puede aumentarse hasta límites casi inde-



Las pruebas del polígono de Annápolis. - Disposición de la pieza y de los blancos

finidos, por lo menos teóricamente, al paso que se llega muy pronto á los espesores extremos de metal que prácticamente puede emplearse para la protección de los buques.

Por esta razón en estos últimos tiempos se ha procurado hallar la eficacia de un blindaje, no en el espesor exagerado, sino en la cualidad intrínseca del metal que lo constituye. Los metalúrgicos trabajan con empeño para conseguir este propósito, y gracias á sus estudios han obtenido diversos productos, entre los cuales las placas llamadas *Compound*, de la casa Cammell y Compañía, han conseguido gran notoriedad. Estas planchas, constituídas por láminas de acero soldadas sobre un almohadón de hierro dulce, han estado muy en boga en la marina militar inglesa y parecían destinadas á imponerse en todas partes.

La casa Schneider, del Creusot, era la única entre todas las que se hacen la competencia que podía luchar contra ese entusiasmo general. Algunos ensayos comparativos habían demostrado ya la superioridad de las planchas *todo acero* del Creusot sobre las planchas Cammell; pero los señores Schneider y Compañía no han querido dormirse sobre sus laureles, sino que prosiguiendo sus trabajos han producido una nueva plancha *de acero niquelado* muy superior á sus planchas de acero.

Recientemente se han efectuado ante una comisión militar de los Estados Unidos en el polígono de Annápolis pruebas comparativas de estos diversos blindajes, habiendo sido sometidas al tiro, en condiciones exactamente iguales, una plancha Cammell, otra de acero y otra de acero niquelado, estas dos últimas del Creusot.

Nuestros grabados representan el campo de tiro y los detalles del dispositivo adoptado para apoyar

las planchas en un armazón de madera adosado á un espaldón de tierra.

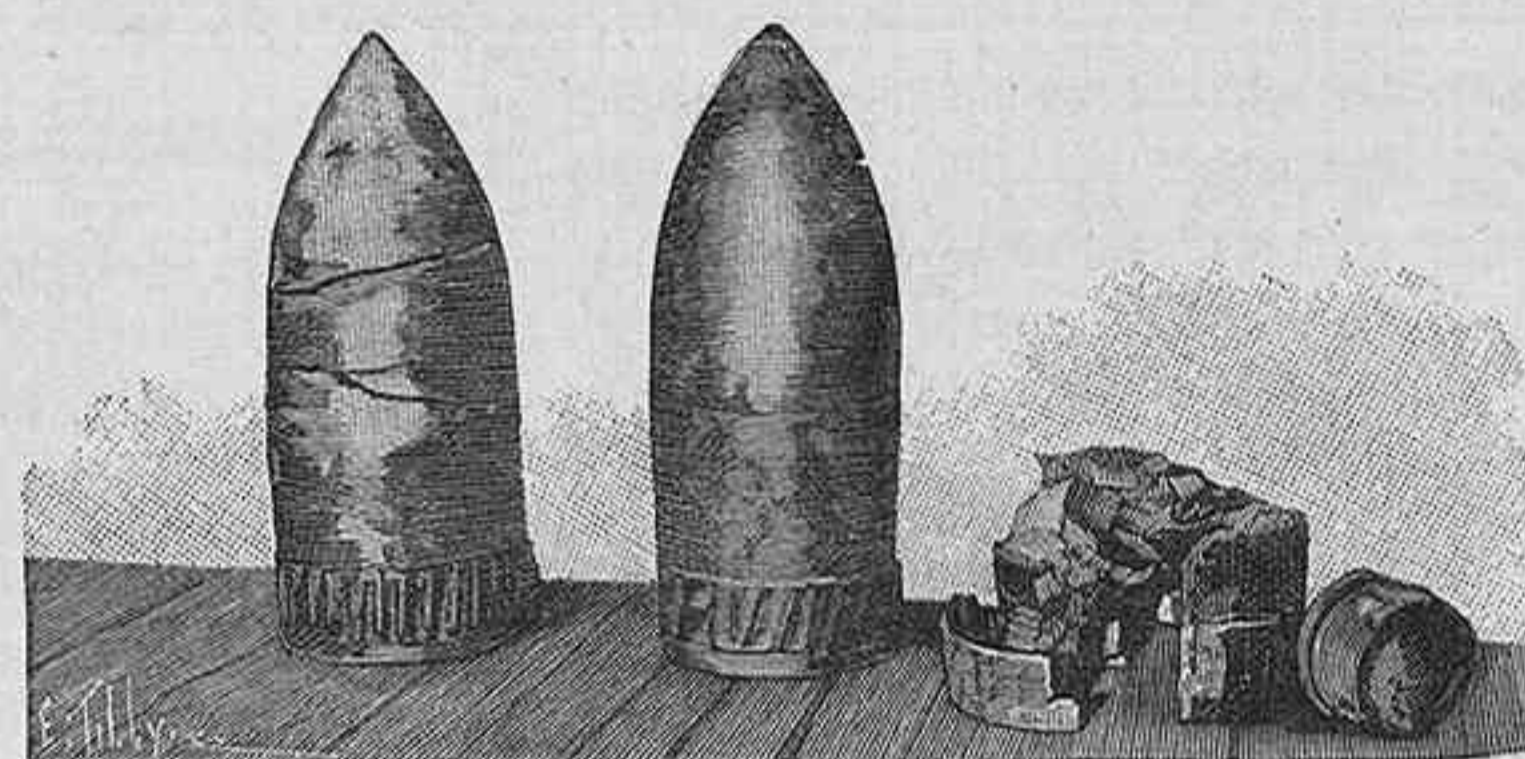
De las tres planchas de Cammell, la más gruesa tenía 272 milímetros 28; la de acero 268'47, y la de níquel 264'66; de suerte que esta última se encontraba de hecho en desventaja con relación á las otras dos.

Las planchas estaban dispuestas tangencialmente á un arco de círculo cuyo centro estaba ocupado por los muñones del cañón y en su consecuencia normalmente al eje de éste.

El cañón empleado era una pieza de 152 milímetros 4, de 35 calibres de longitud, cuya boca estaba emplazada á 8'53 metros de las planchas.

La carga era de 20,158 gramos de pólvora parda prismática; el proyectil un obús de ruptura Holtzer de 45,300 gramos; la velocidad inicial era en estas condiciones de 632 metros 40 y la energía al choque de 1.375.222 kilográmetros.

Comenzóse por disparar cuatro cañonazos sobre cada plancha en la bisectriz de los ángulos, y luego el cañón de 152 fué reemplazado con una pieza de 208 milímetros que lanzaba proyectiles de 95.130



En plancha de acero. - En plancha *Compound*. - En plancha de acero niquelado. - Estado de los proyectiles después del tiro

gramos con una energía al choque de 2.295.176 kilográmetros.

Cada plancha recibió entonces en su centro un proyectil de éstos: nuestro tercer grabado representa el estado de las planchas después de este disparo.

No es preciso ser muy versado en las cuestiones de artillería para comprender en dónde está la superioridad y para ver que la plancha Cammell, casi completamente destrozada, es en absoluto incapaz de

proteger un buque cuando las otras dos están aún en situación de resistir.

En nuestro primer grabado se ve también el estado de los obuses después de cada uno de los tres últimos disparos.

La comisión clasificó inmediatamente y por unanimidad las tres planchas por el siguiente orden de superioridad: 1.º, acero-níquel; 2.º, acero solo; 3.º, *Compound*.

Este triunfo de la industria francesa merece tanto más ser señalado cuanto que ha sido obtenido después de una serie de ensayos realizados en el extranjero; es decir, en condiciones de imparcialidad indiscutibles.

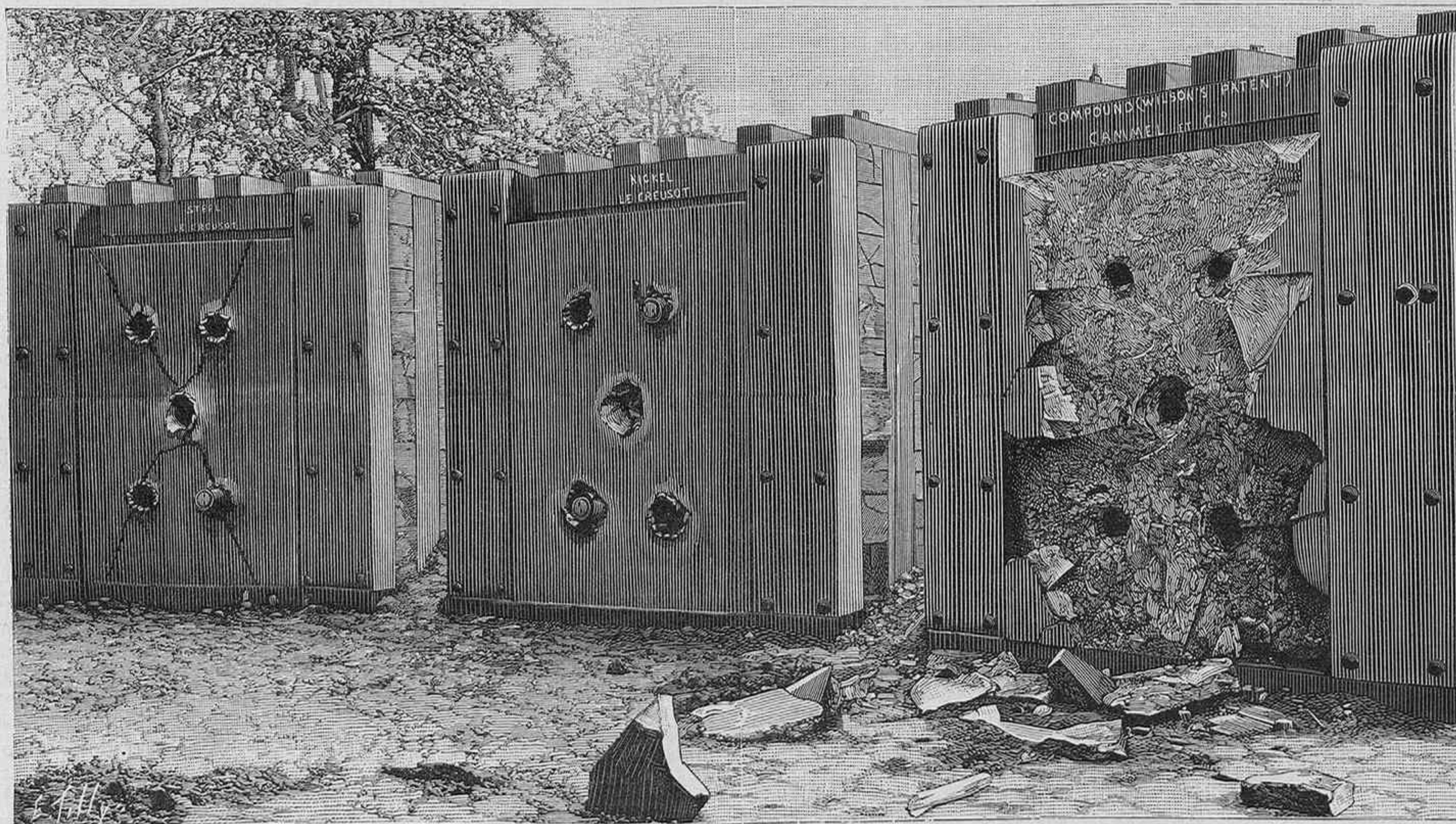
* * *

COCHE MOVIDO POR EL VAPOR, DE M. SERPOLLET

Hace dos años, M. Serpollet dió á conocer á los ingenieros y al público el generador inexorable de su invención, aparato formado por una especie de tubo capilar metálico á través del cual el agua inyectada se transforma instantáneamente en vapor. Esta maravillosa caldera, que sólo contiene algunos centímetros cúbicos de agua y ninguna reserva de vapor, pareció desde un principio muy á propósito para satisfacer ciertas exigencias y sobre todo la de la creación de un coche de vapor económico y práctico. Después de haber hecho funcionar un primer triciclo de vapor, M. Serpollet ha construído sucesivamente algunos coches de ensayo que han funcionado varias veces en París y que le han permitido realizar en 1889 un largo viaje á Lyon en compañía de M. Ernesto Archdeacon. Estos estudios preliminares han inducido al inventor á crear un tipo absolutamente práctico que vamos á dar á conocer á nuestros lectores.

El coche, como lo indica la fig. 1, es elegante y hasta lujoso; tiene la forma de un gran faetón y puede contener siete viajeros, tres en cada asiento y uno en una banqueta frontera, no faltando en él ninguna de las comodidades de los vehículos de uso corriente: la suspensión es suave, los asientos blandos, y para los casos de lluvia lleva su correspondiente capota.

El generador está tan disimulado como es posible: colocado en la parte trasera, hállase aprisionado entre las cajas de carbón, con las que está unido por medio de dos conductos por los cuales se verifica automáticamente la carga del combustible (fig. 2): la chimenea mira hacia abajo; pues la chimenea para encender el fuego, una vez encendido éste se quita y se coloca en una caja. El depósito de agua está debajo del asiento á la izquierda, y el motor en el mismo sitio, pero á la derecha: la provisión de agua permite efectuar un recorrido de 30 kilómetros y la de



Plancha de acero Plancha de acero niquelado Plancha *Compound*
Ensayos comparativos de diferentes planchas en el polígono de Annápolis (Estados Unidos). - Estado de las planchas después del quinto disparo



Fig. 1. Coche movido por el vapor, de M. Serpollet. (De una fotografía instantánea)

combustible asegura un trayecto de 60. En las poblaciones, el combustible preferible es el cok porque no produce humo. El peso total del coche cargado de combustible y de agua es de 1.250 kilogramos: entonces contiene 70 kilogramos de carbón y 90 de agua. La vaporización media de la caldera es de 80 kilogramos por hora y el consumo por hora y caballo de fuerza no pasa de 14 kilogramos.

La máquina es de dos cilindros, los manubrios están dispuestos en ángulo recto y la admisión del vapor se hace al 65 por 100. Su potencia, que es de 4 caballos, puede llegar momentáneamente á 6 y aun pasar de este número. El gobierno del vehículo se hace por un intermediario que permite emplear dos velocidades, una para las cuestas y otra para los planos horizontales ó de suave pendiente: con esta última, si el camino es bueno, puede alcanzarse y sostenerse una velocidad de 25 kilómetros por hora, velocidad que sería imprudente aumentar y aun en muchos casos conservar; con la primera, el coche con sus siete viajeros ha podido remontar cuestas de 8 centímetros por metro en caminos llenos de barro y de piedras.

El hornillo se enciende como todos y puede funcionar en veinte minutos, poniéndose el vehículo en movimiento por medio de una bomba de mano. El agua introducida en el generador se vaporiza instantáneamente y el coche echa á andar, continuando la alimentación automáticamente. El puño de dirección sirve también para regular la marcha y puede operar un movimiento de rotación sobre su eje y determinar la apertura ó cerradura de un orificio que devuelve el agua al recipiente alimentador. Una sola mano basta para guiar el carruaje. Como para los generadores fijos, la parada se efectúa suprimiendo la alimentación, y si se quiere que aquélla sea más brusca basta mover un freno de pedal que está al alcance del pie del conductor. No hay necesidad de aparato alguno de vigilancia, habiendo demostrado la experiencia que se puede viajar en las noches más oscuras sin más que un farol para iluminar el camino.

El carruaje va provisto de un manómetro que, sin ser indispensable, hace indicaciones interesantes: este manómetro pone en evidencia uno de los grandes méritos del generador Serpollet, es decir, la facultad que posee de poder alcanzar sin peligro é instantáneamente grandes presiones.

Si el coche ha de echar á andar en un sitio difícil y no basta una presión de 10 atmósferas, se prosigue la inyección hasta 15, 18, 20, si es preciso, verificándose este aumento de presión en el momento oportuno en que es necesario y sin peligro alguno. Los generadores Serpollet están probados á 100 atmósferas y sellados á 94: antes de la prueba que se verifica en la administración de las minas son ensayados en la fábrica á 300 atmósferas.

Otra particularidad interesante es la de que según que el coche ande por camino llano ó por una pendiente ó por una cuesta, la presión permanece fija, disminuye ó aumenta por sí misma y sin necesidad de que el conductor se ocupe del aparato, según que el motor encuentre mayor ó menor resistencia. Estos

detalles del generador Serpollet explican la facilidad con que se puede imprimir al motor un esfuerzo en los pasos difíciles, sea para evitar un obstáculo, sea para atravesar un mal camino: una simple inyección suplementaria con la bomba de mano basta para obtener el efecto apetecido: la presión se eleva, la cantidad de vapor producida aumenta y el esfuerzo se produce como si se tratara de un caballo repentinamente fustigado. En las paradas no hay necesidad de vigilar el aparato, pues en el generador no se produce ninguna obstrucción, cualquiera que sea la calidad del agua con que se le alimenta.

La Prefectura de policía de París ha concedido á M. Serpollet autorización para circular libremente por las calles de aquella capital sin más restricción que la de no poder andar á mayor velocidad de 16 kilómetros por hora.

Este invento constituye, en mi concepto, un gran progreso y viene á resolver un importante problema.

G. TISSANDIER

(De *La Nature*)

**

LAS PROFUNDIDADES DEL MAR NEGRO

Durante el verano de 1890 el buque de guerra ruso *Tchernomoretz* recibió el encargo de explorar las profundidades del mar Negro. Los señores Wranguel, hidrógrafo, Spindler, físico-geógrafo, y Andronsoff, naturalista, constituían el personal científico de la expedición. Al partir de Odessa, el *Tchernomoretz*, que estaba mandado por el capitán Smirnoff, atravesó el mar Negro en muchas direcciones entre aquella ciudad y Sebastopol, Theodosia, Batum y la entrada del Bósforo. Los

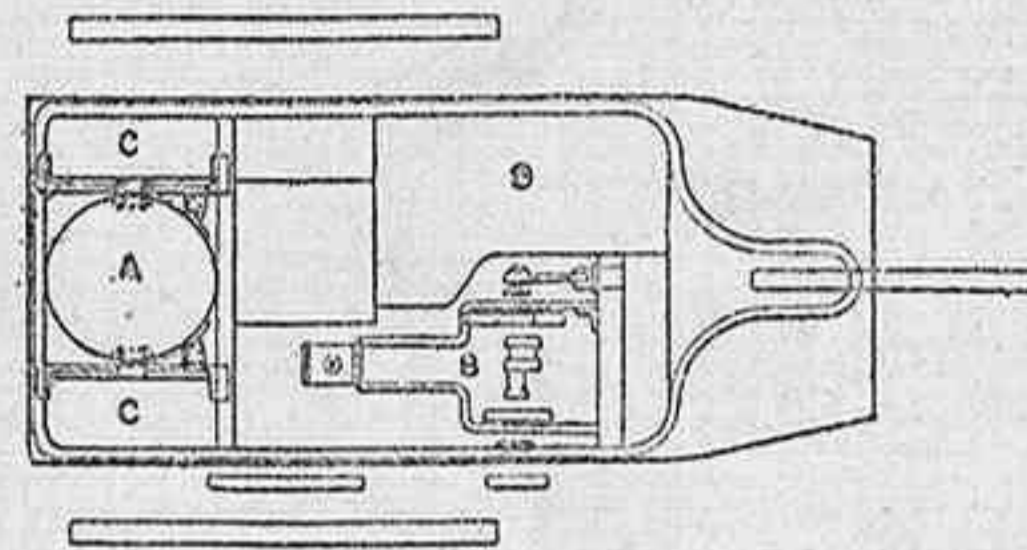


Fig. 3. Plano del coche movido por el vapor. - A. Generador. - B. Máquina. - CC. Depósitos de carbón. - D. Depósito de agua. - E. Tubos de carga continua de carbón.

sondeos se practicaron con la sonda de Thomson y el bathometro de Meyer y el dragado con una draga del género de las que se servían los naturalistas del *Talismán*. Además, hicieron numerosas observaciones acerca de la temperatura del agua á diversas profundidades por medio de los termómetros Miller-Cazella y Negretti-Zambra. Para medir la densidad del agua se empleó el areómetro de peso fijo.

La mayor profundidad se encontró casi en el centro del mar en la línea que une Theodosia y Sinope y resultó ser de 2.250 metros. A partir de este punto central, el fondo se mantiene casi horizontal en un largo espacio y en todas direcciones. La elevación del fondo que se suponía entre la Crimea y la Anatolia no existe en realidad, como tampoco las enormes profundidades que se creía encontrar á los pies de los montes Caucásicos. La parte menos profunda de ese mar, cuya superficie es de 381.500 kilómetros cuadrados, está en el Noroeste, entre las desembocaduras del Danubio y del Dnieper, por un lado, y la línea que une Burgas y Eupatoria, por otro: en este espacio apenas se alcanzan profundidades de 180 metros y el fondo aparece llano con una ligerísima inclinación hacia el Sudeste.

La temperatura del agua del mar Negro varía con las profundidades; en la superficie era, en el mes de julio de 1890, de 25 grados centígrados, pero á nueve metros de profundidad no pasaba de 21'2.

La temperatura mínima fué de 7 grados á una profundidad de 54 metros; más arriba y más abajo de este nivel, aumentaba aquélla rápidamente hacia la superficie y lenta pero continuamente hacia el fondo. En las mayores profundidades, se encuentra la temperatura de 9'3 grados centígrados.

La saladura de las aguas del mar Negro aumenta de una manera regular con la profundidad, como lo prueban las cifras siguientes: en la superficie es de 17'29 por 1.000 unidades de peso, y á 1.650 metros de 22'33.

Las capas superficiales son las menos saladas porque reciben el agua dulce de las lluvias y de los afluentes del mar, entre los cuales figuran el Danubio, el Dnieper, el Don, el Kubán, el Rión, etc. La saladura del agua en las grandes profundidades se acerca á la del Mediterráneo sin, empero, llegar al mismo grado que ésta.

El agua del mar Negro, en las profundidades mayores de 360 metros presenta una particularidad que no ofrece ningún otro mar, cual es la de contener hidrógeno sulfurado que se desprende bajo la forma de gas nauseabundo cuando se lleva esta agua en un

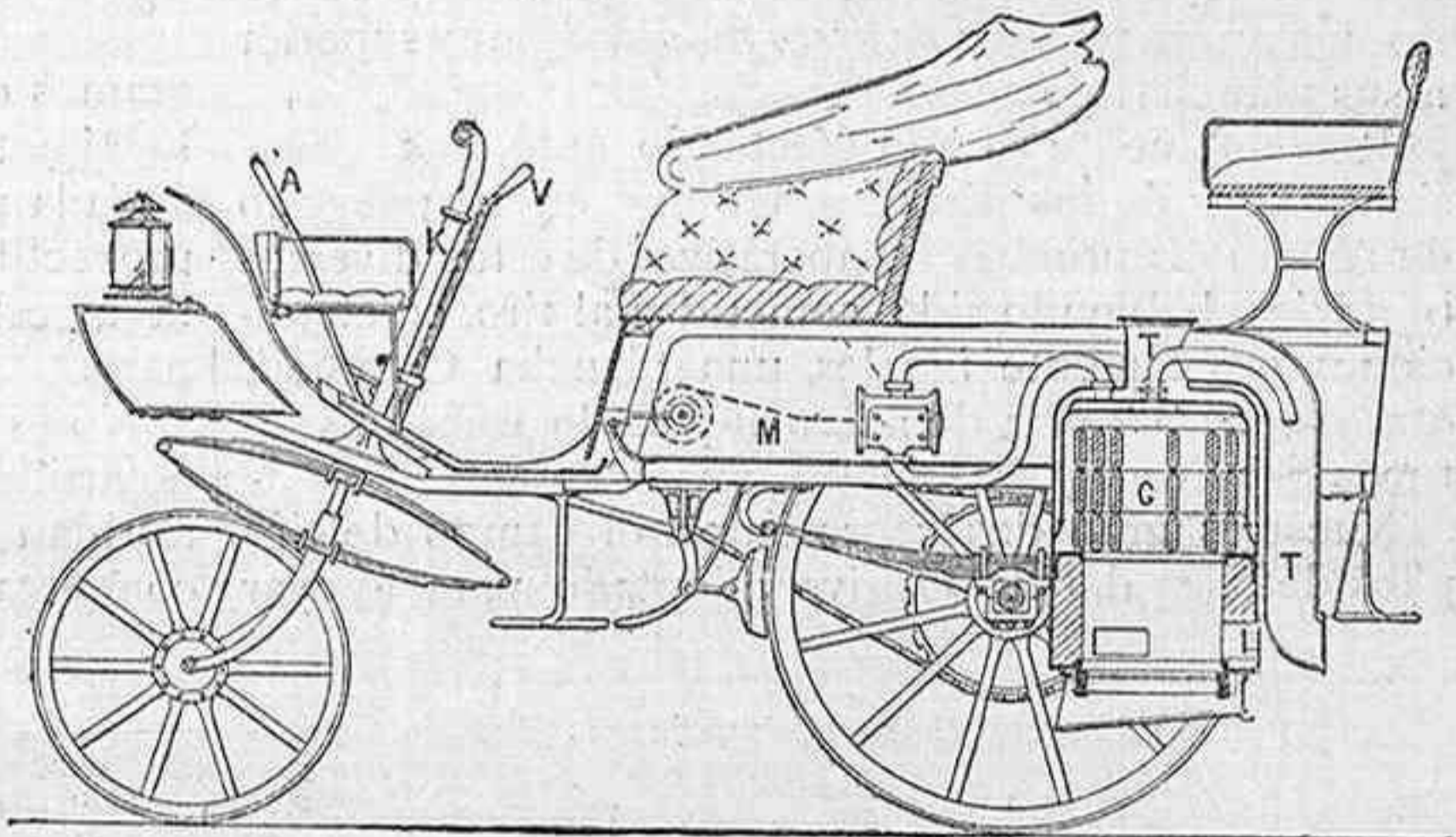


Fig. 2. Sección del coche de vapor. - A. Manubrio para poner el vehículo en movimiento; palanca de la bomba. - M. Máquina de dos cilindros. - G. Generador inexplorable de tres elementos. - T. Chimenea. - V. Manubrio para el cambio de velocidad. - K. Dirección.

vaso cerrado á la superficie del mar. En las capas superficiales, á partir de la profundidad de 130 metros, no se encuentra este gas, debido esto sin duda á que en ellas el agua está á menudo agitada por los vientos. M. Andronsoff atribuye la formación del hidrógeno sulfurado á la descomposición de los cuerpos orgánicos que perecieron ahogados en época remota, pues en la actualidad no se encuentran en el fondo del mar Negro animales ni vegetales vivos, sino sólo sus restos. La fauna y la flora vivas no aparecen más que en las regiones pelágicas situadas en profundidades menores de 360 metros.

(De *La Nature*)

**

UNA NUEVA TEORÍA ACERCA DEL ROCÍO

La teoría de Wells explicando la formación del rocío por la condensación del vapor de agua de la atmósfera bajo la influencia del enfriamiento producido por la radiación terrestre, resulta hoy insuficiente por haberse demostrado que aquella condensación sólo produce una pequeña cantidad de lo que generalmente se entiende por rocío. Entre las múltiples causas que concurren á la producción del fenómeno y que señala Mr. Macpherson en el *Longueau's Magazine*, es la más importante la exsudación de líquidos acuosos que se produce en la superficie de muchos vegetales, cubriendo las hojas de éstos de brillantes gotas que erróneamente, como ha probado

Mr. J. A. do no so ta. Para propiam húmeda sobre la otro obj que de ac piración Entre



Des todos y ret la di los in

al

Es la e vul las F

Cu P Ven

SOC de F de M de PRI de 2 A O A O ep en (E

da Mé J P del Fi PI 45

PAP A di DE

Mr. J. Aitken, de Talkirk, se califican de rocío, cuando no son sino efecto de la transpiración de la planta. Para ver la diferencia entre estas gotas y el rocío propiamente dicho, basta compararlas con la capa húmeda que éste deposita, á modo de tenue nube, sobre la superficie de una hoja muerta ó de cualquier otro objeto inanimado, al lado mismo de las hojas que de aquellas gotas aparecen cubiertas por la transpiración.

Entre las pruebas verificadas por Aitken puede

citarse la de haber colocado un pedazo de tierra con césped debajo de un recipiente de cristal, y una vez producidas las gotitas en la hierba, tomó una brizna de ésta, que secó cuidadosamente é introdujo en una bola de cristal herméticamente cerrada y aislada del aire húmedo; al poco rato se reprodujo la gota, lo cual prueba que ésta era efecto de la exsudación. Esta no se produce sólo en las noches de rocío, sino que después de una lluvia, si no hace viento y el aire inmediato al suelo está saturado, muchas briz-

nas se cubren de gotas en los mismos puntos en que las gotas de exsudación aparecen habitualmente y en los cuales no se sostendría una gota de agua. Finalmente, el mismo observador pesó con gran cuidado un pedazo de tierra en cuya superficie se había efectuado el fenómeno del rocío, y vió que pesaba menos que la vispera, señal de que había exhalado vapor de agua y contribuido á proporcionar los elementos del depósito húmedo que se formara sobre los objetos vecinos.

LOS QUE TENGAN TOS PARA TENER LA BOCA

medicamentos ACREDITADOS sana, hermosa, fuerte

ya sea catarral ó de constipado, seca, nerviosa, ronca, fatigosa, etc., etc., bronquial ó pulmonar, por fuerte y crónica que sea, hallarán el alivio inmediato tomando la **PASTA PECTORAL INFALIBLE del Dr. ANDREU de Barcelona.**

Son tan rápidos y seguros los efectos de estas pastillas, que casi siempre desaparece la *tos por completo* al terminar la primera caja.

Los que tengan también **ASMA ó SOFOCACIÓN** usen los cigarrillos balsámicos y los papeles azoados del mismo autor, que la calman instantáneamente y permiten al asmático *dormir durante la noche.*

PÍDANSE EN LAS Farmacias

LA MENTHOLINA en polvo aumenta la blancura y belleza de los dientes.
Véase el curioso opúsculo que se da gratis.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones : **J.-P. LAROZE** 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.— Precio : 12 RS. ALES.

Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PAPEL WLINS

Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Selne.

ESTREÑIMIENTO y Afecciones

que son su consecuencia **CURACION** con el uso del VERDADERO

POLVO laxante de VICHY

DEL Dr. L. SOULIGOU

De Gusto agradable y que se administra facilmente
El frasco contiene unas 20 Dosis
PARIS, 6, Avenue Victoria, y Farmacias.

GOTA y REUMATISMOS

Curacion por el LICOR y las PILDORAS del Dr. Laville :

El LICOR se emplea en el estado agudo; las PILDORAS, en el estado crónico.

Por Mayor : **F. COMAR**, 28, rue Saint-Claude, PARIS

Venta en todas las Farmacias y Droguerías.— Remite gratis un folleto explicativo.
EXIJASE EL SELLO DEL GOBIERNO FRANCÉS Y ESTA FIRMA :

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

JARABE y PASTA de H. AUBERGIER

con LACTUCARIUM (Jugo lechoso de Lechuga)

Aprobados por la Academia de Medicina de Paris é insertados en la Colección Oficial de Fórmulas Legales por decreto ministerial de 10 de Marzo de 1854.

« Una completa innocuidad, una eficacia perfectamente comprobada en el Catarro epidémico, las Bronquitis, Catarros, Reumas, Tos, asma é irritacion de la garganta, han frangeado al JARABE y PASTA de AUBERGIER una inmensa fama. »

(Extracto del Formulario Médico del Sr. Bouchardat catedrático de la Facultad de Medicina (26.ª edición).
Venta por mayor : **COMAR Y C.**, 28, Calle de St-Claude, PARIS
DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES BOTICAS

CLORÓISIS. — ANEMIA. — LINFATISMO

El Proto-Ioduro de Hierro es el reparador de la sangre, el fortificante y el microbicida por excelencia.

El Jarabe y las Grajeas con proto-ioduro de hierro de **F. Gille**, no podrian ser demasiado recomendados en razon de su pureza química, de su inalterabilidad y de su solubilidad constantes.

(Gaceta de los Hospitales).
Depósito GENERAL : 45, Rue Vauvilliers, PARIS. Depósito en todas las Farmacias.

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. — La caja: 1fr. 30.

En el tratamiento de las Enfermedades del Pecho, recomiendan los Médicos especialmente el empleo del

JARABE y de la PASTA de PIERRE LAMOUREUX

Para evitar las falsificaciones, debera exigir el Publico la Firma y Señas del Inventor:

PIERRE LAMOUREUX, Farm^{co}
45, Rue Vauvilliers, PARIS

CARNE, HIERRO y QUINA

El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar : la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida : el Vigor, la Coloracion y la Energía vital.

Por mayor, en Paris, en casa de **J. FERRÉ**, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Enfermedades del Pecho

Jarabe Pectoral DE P. LAMOUREUX

Antes, Farmaceutico
45, Calle Vauvilliers, Paris.

El Jarabe de Pierre Lamouroux es el Pectoral por excelencia como edulcorante de las tisanas, á las cuales comunica su gusto agradable y sus propiedades calmantes.

(Gaceta de los Hospitales)

Depósito General : 45, Calle Vauvilliers, 45, PARIS
Se vende en todas las buenas farmacias.

CIGARROS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL

PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL disponen casi INSTANTANEAMENTE los Accesos de ASMA y TODAS LAS SOFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES

78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION

FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS

Y LA FIRMA DELABARRE DEL Dr. DELABARRE

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

PROYECTO DE LEY DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA, por D. Saturnino Calleja. — En el Congreso Nacional de maestros recientemente celebrado en Madrid se aprobó por los representantes del magisterio español, con ligeras variantes el proyecto de ley redactado por el presidente de la asamblea D. Saturnino Calleja, y que será oportunamente elevado á las Cortes. Esta aprobación de los que en nuestra patria tienen la noble misión de la enseñanza es la mejor crítica que del proyecto puede hacerse y nos releva de extendernos en consideraciones que, además, exigirían mayor espacio del que en esta sección disponemos. Sólo diremos que el proyecto nos parece muy á propósito para lograr que la enseñanza sea lo que debe ser y es realmente en todas las naciones que de cultas se precian. Los preceptos que contiene haciendo la enseñanza gratuita y obligatoria (con las debidas sanciones penales elevadas, de cumplirse rigurosamente, el nivel intelectual de nuestro pueblo, y la organización de las escuelas y las garantías que en el proyecto se dan al magisterio mejorarian la suerte de los que tienen á su cargo la educación de la niñez.

CÓDICO CIVIL ESPAÑOL COMENTADO Y CONCORDADO CON EL DERECHO FORAL VIGENTE EN CATALUÑA, ARAGÓN, NAVARRA Y DEMÁS TERRITORIOS AFORADOS, CON LA JURISPRUDENCIA DEL TRIBUNAL SUPREMO DE JUSTICIA Y CON LOS CÓDIGOS CIVILES DE LA MAYOR PARTE DE LOS PAÍSES DE EUROPA Y DE AMÉRICA, por don León Bonel y Sánchez. — Hemos recibido el tercer tomo de esta importantísima obra que comprende el libro III del Código Civil español vigente. En uno de nuestros anteriores números expusimos el juicio que nos merecía esta por todos conceptos notabilísima publicación, que consideramos indispensable para todos aquellos que se dedican á la judicatura y á la abogacía ó han de entender directa ó indirectamente en las cuestiones de derecho: por esta razón no hemos de repetirlo con motivo de la aparición del tomo tercero, que está á igual altura que los anteriores.

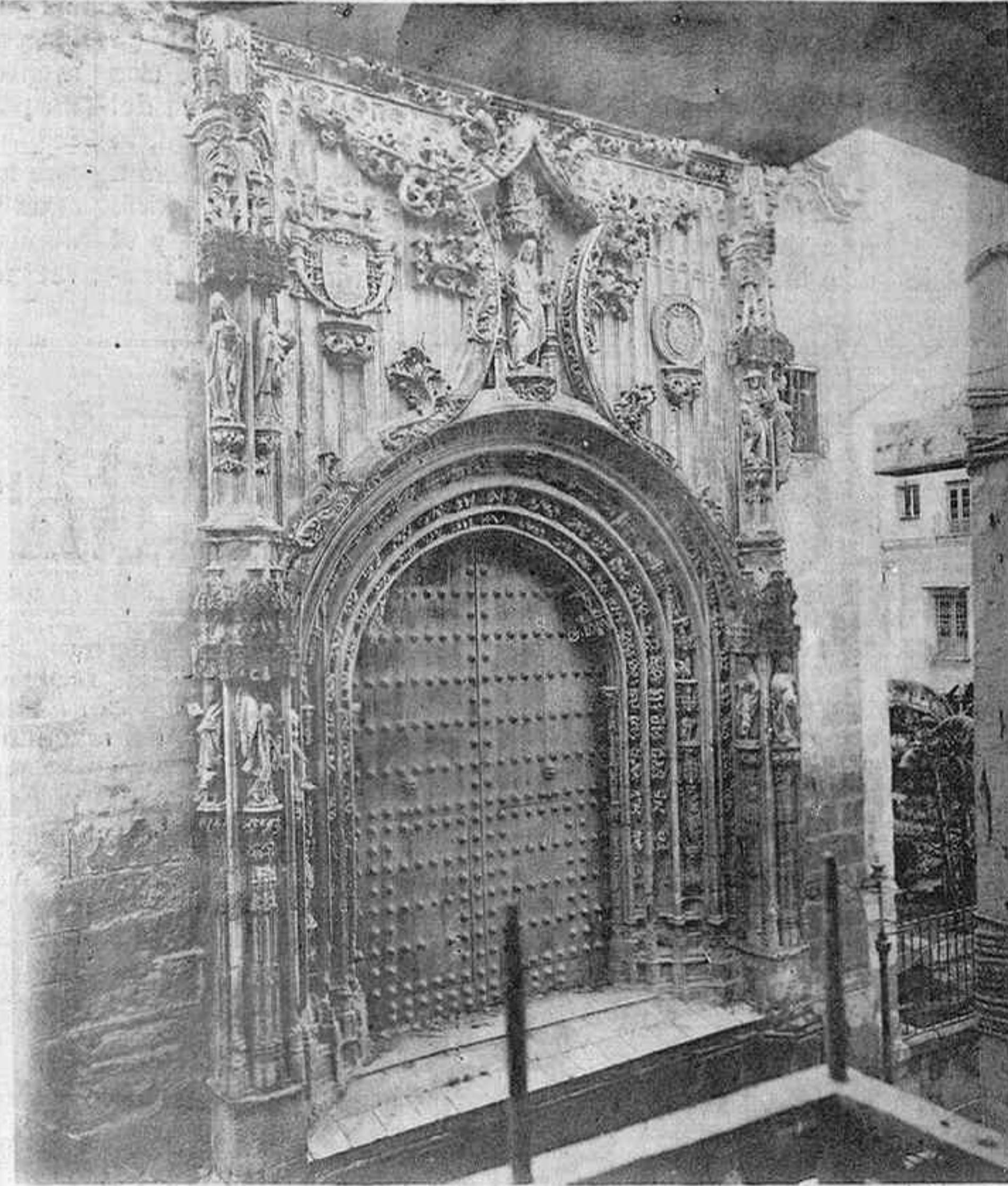
El dignísimo magistrado de esta Audiencia territorial ha demostrado ser, no sólo comentarista imparcial y conocedor profundo del derecho escrito, así del general y foral españoles como de las legislaciones extranjeras, sino también pensador de alto vuelo y cultivador afortunado de la difícil ciencia de la filosofía

del derecho. De tal bastaría á acreditarle por sí solo el luminoso estudio con que encabeza el tomo que nos ocupa: en él analiza desde el punto de vista del derecho natural el derecho de propiedad y los modos de adquirirla, materia de gran trascendencia en todos tiempos y más en los actuales, que el Sr. Bo-

nel trata con elevado concepto y criterio claro y justo apoyando sus asertos en teorías y pareceres de los más notables filósofos y juristas cuya exposición y análisis son elocuentes prueba de sus conocimientos y erudición vastísimos. Véndese esta obra en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, y en las principales de Barcelona, Madrid, provincias y Ultramar, al precio de 8, 8'50 y 18 pesetas respectivamente.

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, por A. y P. Gascón de Gotor. — El cuaderno 8.º de esta obra, de la que ya otras veces nos hemos ocupado con el elogio que merece, contiene además de ocho páginas de interesante texto, dos bonitas fototipias que representan la urna en donde se guardan las reliquias de los mártires de Zaragoza, y un tabor de búcaro traído á España cuando la conquista del Perú, que pertenece á la Barona de Hervés.

Se suscribe en Barcelona en la librería de don Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, y en las principales de las demás provincias, al precio de una peseta el cuaderno.



MÁLAGA. — PUERTA DEL SAGRARIO: CATEDRAL
(De una fotografía de D. J. E. Puig, de Barcelona)

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en LA ILUSTRACIÓN, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al publicarlas, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. — Las casas españolas pueden hacerlo en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, núm. 5, Barcelona

CARNE y QUINA
El Alimento más reparador, unido al Tónico más energético.

VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este **fortificante por excelencia**. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la **Anemia** y el **Apocamiento**, en las **Calenturas** y **Convalecencias**, contra las **Diarreas** y las **Afecciones del Estomago** y los **intestinos**. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y prevenir la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.

Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmacéutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

Frascos 5 fr. en París

PUREZA DEL CUTIS
LAIT ANTÉPHELIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA

PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFFLORESCENCIAS
ROJECES

Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES, 26 B^e St-Denis

PILULE DE BLANCARD
LIQURE DE FER
INALTERABLE

SIROP D'IODURE DE FER
BLANCARD

Participando de las propiedades del Iodo y del Hierro, estas Píldoras se emplean especialmente contra las **Escrofulas**, la **Tisis** y la **Debilidad de temperamento**, así como en todos los casos (**Pálidos colores**, **Amenorrea**, &c.), en los cuales es necesario obrar sobre la sangre, ya sea para devolverla su riqueza y abundancia normales, ó ya para provocar ó regularizar su curso periódico.

Farmacéutico, en París,
Rue Bonaparte, 40

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PA^rIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE

ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

36, Rue Vivienne **SIROP** du Doct^r **FORGET** RHUMES, TOUX, INSOMNIES, Crises Nerveuses

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK

Querido enfermo. — Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILVORE DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN